

La epidemia

Clara Azeué Pérez Gil



¡Ya déjenlo!

Óscar de la Borbolla



Zaima

Leticia Herrera



Ay abuelo, qué chistoso hablas

Rafael Ramírez Heredia





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: JAVIER SANTIAGO CASTILLO
Consejeros electorales: MARÍA ELENA HOMS TIRADO
EDUARDO R. HUCHIM MAY
RUBÉN LARA LEÓN
ROSA MARÍA MIRÓN LINCE
JUAN FRANCISCO REYES DEL CAMPILLO LONA
BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

Secretario ejecutivo: ADOLFO RIVA PALACIO NERI

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: ERNESTO HERRERA TOVAR
Suplente: RAÚL HERRERA ESPINOSA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: JUAN MANUEL VICARIO ROSAS

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: JUAN GONZÁLEZ ROMERO
Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADRIÁN PEDRO CORTES

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: JORGE LEGORRETA ORDORICA
Suplente: ZULY FERIA VALENCIA

CONVERGENCIA

Propietario: ARMANDO LEVY AGUIRRE
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietario: MARÍA DE LAS MERCEDES KURI LORENZO
Suplente: MIGUEL ÁNGEL ARNAIZ MANCEBO DEL CASTILLO

ALTERNATIVA SOCIALDEMÓCRATA Y CAMPESINA

Propietario: JESÚS ROBERTO ROBLES MALOOF

La epidemia

Clara Azcué Pérez Gil

9



¡Ya déjenlo!

Óscar de la Borbolla

53



Zaima

Leticia Herrera

77



Ay abuelo, qué chistoso hablas

Rafael Ramírez Heredia

113

5

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral ROSA MARÍA MIRÓN LINCE

INTEGRANTES

Consejero electoral BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

Consejera electoral MARÍA ELENA HOMS TIRADO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica
YOLANDA LEÓN MANRÍQUEZ, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión
y Producción de Materiales

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Corrección de estilo: Nilda Ibaguren, técnica especializada "A"

Ilustración de portada y formación: Carlos Gaido, supervisor de Campaña Comunitaria

Autores: Clara Azcué Pérez Gil, Óscar de la Borbolla, Leticia Herrera y Rafael
Ramírez Heredia

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal
Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan
14386 México, D.F.
www.iedf.org.mx

Ira. edición, octubre de 2005
ISBN: 968-5505-49-7 (colección)
ISBN: 970-786-007-3
Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.
Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

PRESENTACIÓN

Este libro que tienes en tus manos es el quinto volumen de lo que, para nosotros, es una gran colección de cuentos a la que hemos llamado “Abriendo Brecha”. Le dimos este nombre, porque creemos que la mejor manera de enseñar, o de convencer, es a través del ejemplo y es justamente, a través de ejemplos, que al Instituto Electoral del Distrito Federal le interesa mostrarte cómo se construye una democracia, para convencerte de que sus reglas y valores te pueden ser de mucha utilidad en la vida diaria.

Una democracia se construye con acciones. Con acciones grandes y multitudinarias, como son las elecciones que organiza este Instituto, pero también con acciones individuales que son más grandes e importantes de lo que a veces parecen.

Los cuentos que integran este volumen tratan so-

bre estas últimas; te las presentamos a través de historias en las que buscamos reflejar cómo un grupo o una comunidad puede fortalecerse y enfrentar desafíos con éxito al poner en práctica valores como el respeto, la igualdad, la tolerancia, la honestidad, la responsabilidad y la solidaridad. Pero también incluimos historias en las que se muestra algo de lo que ocurre cuando las personas pretenden vivir sin estos valores. De esas historias, tal vez coincidas con nosotros en que la posesión y práctica de valores ciudadanos no es solamente una cuestión moral sino, ante todo, una muestra de sentido común.

Así se construye una democracia: con acciones generosas, con cooperación y con inteligencia para resolver los problemas de manera ordenada, pacífica y racional. Votar es una forma de participar en la solución de los problemas, pero no es la única, pues todos nosotros, con un pequeño esfuerzo y algo de interés por mejorar las cosas, podemos ayudar a abrir brecha.

Te dejamos en compañía de los escritores Rafael Ramírez Heredia, Leticia Herrera, Clara Azcué y Óscar de la Borbolla, con la confianza de que después de leer este libro desearás conocer otras obras de estos autores, como también los demás volúmenes de Abriendo Brecha. Pero, nuestra mayor espe-

ranza está en que estos cuentos te ayuden a conocer un poco más sobre la democracia y despierten tu interés por comprenderla, compartirla y practicarla.

Instituto Electoral del Distrito Federal

La epidemia

Clara Azcué Pérez Gil

Clara Azcué Pérez Gil nació en la ciudad de México, el 14 de marzo de 1964. Siempre le ha gustado jugar, inventar y contar cuentos. Trabajó varios años con campesinos, en Tehuacán, Puebla, y posteriormente se fue a vivir a León, Guanajuato, donde descubrió que la educación le permitía dedicarse profesionalmente a jugar con los niños, a inventar y a contar cuentos.

Ha publicado diversos materiales educativos, audiocuentos, y ha participado con talleres en ferias del libro y programas de radio para niñas y niños.

Ganó el premio de cuento infantil de la FILIJ en 2001 con el cuento “Cazadores perros”. Actualmente es docente en licenciatura y preparatoria, además de trabajar inventando juegos educativos en el zoológico de León y escribir lo que se le va ocurriendo para que sea narrado en radio o por escrito, lo que suceda primero.

LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

Decidí escribir esto para que no se me olvide lo que nos pasó hace un año en una excursión de la escuela. Así, si tengo un ataque de amnesia (nunca se sabe) siempre puedo leerlo.

Me llamo Samuel, por si tampoco me acuerdo luego.

Lo que pasó entonces, fue una pesadilla... aunque sí hubo cosas chidas. Todo empezó la madrugada en que la maldita alarma del despertador que le pedí prestado a mi papá me perforaba el cerebro a las cuatro y media de la mañana... Tenía que llegar a la escuela a las cinco en punto, porque mi salón había ganado un viaje a las ruinas mayas en el Concurso Interescolar de la SEP.

Esa mañana me puse por última vez una playera limpia, recién oliendo a jabón... Me quedé un rato sentado al borde de la cama, con los ánimos colgando

hasta el suelo. Realmente hasta entonces yo suponía que nada podía ser peor que ir a la escuela, aunque ese día me sentía feliz porque, con el viaje, el resto de la semana no iba a tener que soportar las interminables dos horas de español con La Muerta y me iba a saltar las soporíferas clases de historia con El Drupi.

No tenía idea de la maravilla que son las camisas limpias y las camas secas. En la selva todo fue una avalancha de hojas podridas y húmedas. Ni siquiera había estrellas, siempre estaban tapadas por las enredaderas y los mosquitos que nos zumbaban como desquiciados en las orejas ...

Es impresionante el escándalo que hay en una selva. Al final me terminé acostumbrando, pero el primer día me estaba volviendo loco con las ranas que ni parecían ranas... no hacían croac, croac, como en los cuentos, sino un mugre ruido ronco y permanente a lo lejos.

Pero mejor empiezo a contar por el principio.

Luego de viajar todo el día y toda la noche en un autobús, llegamos a la zona de las ruinas. Visitamos las principales pirámides y ya estábamos acabando, cuando El Drupi comenzó con los síntomas de una enfermedad rarísima. Ya desde antes él siempre repetía pedazos de la clase si lo distraían. Hasta Carlos y Fito hacían apuestas en el salón para ver quién

lograba retrasarlo más en el libro, pero el problema se le agravó con la llegada a las ruinas. Comenzó a pasar lista, y apenas terminaba y levantaba la vista, volvía a empezar, porque ya se le había olvidado si estábamos todos completos. Luego, a la mitad, se le fue la onda y se alejó silbando y llamando a una perra... Supongo que era su perra, porque una vez, hace mucho, en un convivio, El Drupi nos contó que cuando tenía como seis o siete años, tuvo una perra que se llamaba *Pecas*; lo chistoso es que de pronto se acordó de ella y la llamaba como si de veras anduviera por ahí.

Al principio fue la botana de todos. Fito le daba señas de por dónde se había ido el supuesto animal y él seguía sus huellas, pero bien pronto se le olvidaba lo que le habíamos dicho y volvía por nuevas instrucciones. Le decíamos cosas para que hiciera tonterías, y él obedecía todo al pie de la letra.

Luego, La Muerta, la maestra de español, comenzó a recitar sobre una bardita, muy seria, solemne y en voz alta, el poema cursi que nos había hecho aprender de memoria en primero de secundaria:

*Ven para acá, me dijo dulcemente
mi madre cierto día,
(aún parece que escucho en el ambiente*

de su voz la celeste melodía)
Ven y dime, qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío...¹

Pero empezaron a olvidársele las estrofas, y Valeria y Marcela las recompusieron para que ella las recitara. Así, cuando La Muerta decía:

Ven para acá, me dijo dulcemente
mi madre cierto día...

y se detenía para preguntar “¿qué sigue m’hija?”, ellas contestaban:

“(aún parece que escucho en el ambiente
su tos por la peste de mediodía)
Ven y dime, qué náuseas tan extrañas
te arrancan esa guácara, hijo mío.
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota de cuajada y rocío...”

¹ Olegario V. Andrade, “El consejo materno”.

Otros se fueron juntando a la composición de los versos, que La Muerta recitaba muy seria, moviendo sus bracitos... A todos nos dolía la panza de risa.

El Polvorín, que era el encargado de la disciplina, se olvidó por completo de su amenaza preferida, y perdió la lista de reportes y suspensiones.

Desde primero, Carlos y yo habíamos tenido problemas con El Polvorín, porque no le gustaba que trajéramos el pelo largo y era bien payaso con el uniforme y los peinados... nos había humillado y obligado a tusarnos con unas tijeras enfrente de todo el salón, amenazándonos con su voz de prepotente “Obedezcan si quieren presentar examen de matemáticas, si no, la puerta está bien abierta”.

Pero esa mañana, El Polvorín se concentraba en un juego estúpido con piedritas y le pedía a algunas de mis compañeras que lo peinaran de colitas con moños y todo tipo de trenzas.

Los que traían cámara se dieron vuelo tomándole un montón de fotografías, porque la mayoría de los estudiantes nos habíamos topado alguna vez con El Polvorín. Si no eras de sus preferidos o pasabas inadvertido por aplicado, era seguro que habrías recibido una sanción por “andar en los pasillos”, “por no vestir correctamente el uniforme”, “por faltar al respeto a tus mayores”, “por usar un lenguaje

vulgar y altisonante”, o nomás porque ahí el que mandaba era él....

Ya cerca de la salida de las ruinas, nos dimos cuenta de que los guardias y los dependientes de la tienda para turistas habían desaparecido. Estábamos solos, no había nadie más en ese lugar.

Unos se dieron vuelo con las botanas y el tequila de la tienda, bebieron y bailaron sobre las pirámides con la grabadora de Emiliano, hasta que se cansaron o se durmieron de borrachos.

Otros hicimos concursos de clavados de fantasía en un cenote, que es como una alberca natural que se abre transparente entre las piedras. A los autores de los mejores saltos y a los panzazos más adoloridos los premiábamos en la Pirámide de las Estelas, bajo la mirada de un enorme jaguar de piedra, y les dábamos una cerveza y una camiseta de recuerdo de la tienda de turistas.

Se fue haciendo más tarde y como los maestros seguían locos, algunos comenzamos a divagar sobre por qué se habrían enfermado de pronto los profes, pero la verdad es que nos valía. Nos estábamos divirtiendo. Había pocos momentos en los que tuviéramos tanta libertad sin reglas como aquel día.

Valeria y Marcela se pusieron a explorar las oficinas. Encontraron un almacén con comida y lo

cerraron con llave para prevenir la escasez a futuro.

Comenzó a hacerse de noche en medio de un relajó total, pero ni en cuenta. Estábamos alucinados con las pirámides, el alcohol, la música y la oscuridad. Las parejitas aprovecharon para perderse por ahí y todos estábamos bien prendidos.

El encanto se rompió cuando Emiliano, que era uno de los danzantes ebrios de la pirámide más alta, rodó por las escaleras hasta que quedó tendido en la plaza principal. El griterío llamó a toda la bola de curiosos que, horrorizados, lo rodearon llenos de estupor. Yo me agaché para ver qué le había pasado, pero estaba oscuro y aunque acababa de salir la luna, era muy poco lo que se veía. Le puse la mano en el pecho y sí respiraba; estaba sangrando, pero poco, en realidad eran más fuertes los golpes que las cortadas. Se había desmayado y era difícil saber si era grave.

En eso, como que la marabunta de mirones despertó, y empezaron a gritar órdenes desgañitadas para que no sé quién más, las cumpliera: “¡Traigan una antorcha!” “¡Denle agua!” “¡Tápenlo!” “¡Aflójene la ropa!” “¡Alguien que haga algo por favor!” “¡Sáquenlo de aquí, llévenlo a la luz!” “¡Denle azúcar!” “¡Qué horrible, hagan algo!” “¡Háganse para atrás, déjenlo respirar!” “¡Qué miran carajo!, ¡háganse para atrás!”

Yo grité que no lo movieran, no sé bien por qué ni de dónde me salió la fuerza, porque tampoco sabía qué hacer... la adrenalina me hizo reaccionar así de repente. Me trataba de acordar de lo que pasaban en la tele y cómo actuaban los rescatistas en las emergencias, pero no se me venía nada a la cabeza.

En eso llegó Valeria con Marcela cargando una repisa larga de madera que habían sacado de la tienda. Hasta entonces recordé que a los heridos los inmovilizan para que no se lesionen la columna. Les ayudé a subir a Emiliano a la tabla, tratando de no moverle ninguna vértebra. Carlos le sostuvo la cabeza y nos abrimos paso entre los curiosos. El accidente puso al tiro a la mayoría, porque les cayó a todos los ebrios como cubetada de agua fría.

Llevamos a Emiliano a la tienda de turistas. Detrás venían todos murmurando, como en las procesiones que hacen las viejitas. Para entonces muchas de las mujeres temblaban de la impresión y algunos las abrazaban quién sabe si para protegerlas o para consolarse los dos, porque también los hombres andábamos bien asustados.

Empezó una histeria colectiva de la que sólo los que estaban más perdidos de borrachos no se dieron cuenta, porque ya para esas alturas había varios tumbados en los caminos.

Marcela había encontrado un botiquín en la oficina, que sirvió para hacer volver en sí al herido por unos minutos y darle algunas pastillas que no creo que le hayan servido de nada. A Fernanda, que era la novia de Emiliano, se le pasaron los efectos del alcohol con el espanto, y se sentó junto a él para hacer guardia.

El susto hizo que nos juntáramos la mayoría en la explanada. Todos se arrebataban la palabra a gritos, tratando de hacerse escuchar sobre los demás. El ruido aumentaba con las chicharras y varias aves nocturnas que se venían a pique para atrapar a los murciélagos que volaban chillando demasiado cerca de nuestras cabezas.

Para completar el desorden, El Drupi seguía con sus preguntas en busca de *Pecas...* La reunión fue un desastre, terminamos todos peleados y sin lograr sacar nada en claro.

Carlos, Fito y yo decidimos salir a buscar un doctor. Valeria se nos pegó, que porque ella no podría quedarse ahí con los brazos cruzados cuando Emiliano estaba tan mal. Ninguno de los tres teníamos ganas de que nos acompañara una mujer. Ni siquiera nos llevábamos con ella y estábamos seguros de que por su culpa íbamos a avanzar mucho más lento, pero yo contesté sin pensar, como me pasa siempre, y

le dejé un chance de decidir a ella, porque le dije:

—No vamos a ser tus niñeras, si quieres venir, haz como quieras, pero te advierto que no es una excursión para niñas.

Valeria cerró los puños, como hace siempre cuando se indigna, y me contestó:

—No necesito que nadie me cuide. Si ustedes se sienten niñeras, es su bronca.

Total que tuvimos que salir los cuatro caminando sobre la carretera. Aprovechamos la luz de la luna, que ya había subido bastante y estaba casi llena. Esperábamos encontrar rápido un coche que nos llevara al pueblo más cercano.

Marcela, la amiga de Valeria, se quedó con el resto del grupo en las ruinas. Como estaban todos asustados y peleados, cada quien consiguió un lugar para pasar la noche con su bolita, pero no durmieron mucho. Mientras unos dormitaban, los otros discutían y contaban los pormenores del accidente una y mil veces.

COSA DE NIÑAS

Nosotros habíamos caminado por horas sin encontrarnos con nadie en la carretera. Luego de una no-

che entera platicando en el autobús, y de todo ese día, ya estábamos agotados y no podíamos dar un paso más. Decidimos tomarnos un descanso en la canaleta del camino. A pesar de que nos sentíamos cansadísimos, Carlos, Fito y yo casi ni dormimos. A mí se me desataron ataques de comezón en todo el cuerpo, por las patas de los insectos que hacían crujir las hojas del suelo. Me imaginaba que los malditos bichos se me trepaban por las piernas, y los confundía con las gotas de mi propio sudor, hasta que, casi amaneciendo, por fin ya dejó de hacer tanto calor... Además, la selva apesta a un olor dulce y fermentado que el viento trae, a rachas, mezclado con la peste de animales muertos... y nos sacaba de onda el ruido como de besos que hacían unos bichos rosados y transparentes parecidos a las lagartijas, que luego Valeria nos dijo que son una especie de gecos, que se llaman cuijas y comen mosquitos.

Ella fue la única que durmió, porque, luego supimos, seguido iba de campamento con su papá y estaba acostumbrada a dormirse en el suelo. También fue la primera que se despertó cuando ya levantaba la bruma y el sol se colaba entre las hojas del árbol de Pich que dizque nos protegía. Todos amanecimos igual de cansados, pero con sed y muchísima hambre. A ninguno de los tres hombres se nos había

ocurrido llevar nada de comer, pero Valeria se dio tiempo de guardarse algunas cosas en su mochila. Esa mañana las compartió con nosotros y comimos sin decir nada, masticando el remordimiento de haberla tratado mal a la venida, hasta que nos lo tragamos con agua y galletas.

Mientras tanto, en las ruinas, Marcela se levantó al baño cuando apenas estaba clareando y encontró husmeando, cerca de la entrada, a un chavo moreno, más o menos de nuestra edad. Tenía unos guaraches de henequén y un pantalón viejo y corto como bermudas, amarrado en la cintura con un cordón del que colgaba un machete. Sus ojos negros, como dos almendras grandes, miraban con curiosidad a la bola de turistas que dormían en el suelo.

Marcela lo saludó quedito y él contestó en un español salpicado de haches inhaladas y de kas. Dijo que se llamaba Jacinto. Preguntó por uno de los vigilantes o por el señor de la taquilla. Marcela movió la cabeza como diciéndole que no tenía idea. Le explicó que todos los adultos del lugar se habían esfumado, y los que quedaban, que eran sólo los maestros, parecían niños chiquitos. Han de haber hablado muy poco, porque los dos son bien penosos, pero igual y así se enteraron de algo que ya se temían: el mal de los adultos había sido toda una epidemia.

Cuando la luz se hizo franca, se fueron levantando los demás, bien crudos y de un pésimo humor. Fernanda no había dormido de preocupación y Emiliano seguía inconsciente.

Algunos quisieron convocar a una nueva junta para ver qué iban a hacer, pero nadie se acercó. Todos estaban más preocupados por quejarse de su mala suerte y por llorar su dolor de cabeza. Nadie quiso ponerse de acuerdo con los demás. Algunos gandallas ya se habían apoderado de la poquita comida que sobrevivía en la tienda. Guardaban para ellos y para sus amigos, y luego vendían carísimo el resto.

A Jacinto todo le parecía un disparate. No entendía el comportamiento de los turistas (como nos decía al principio). Luego nos confesó que, la verdad, le dábamos lástima, porque él había salido de su casa para buscar ayuda, y en vez de eso, se había encontrado a un montón de tarados, todos pálidos, que no atinaban a resolver ni lo más elemental... En su casa, cuando se dieron cuenta de lo que había ocurrido, sus siete hermanos y sus seis primos se juntaron. Por decisión de todos ellos, él había tenido que irse entrada la noche, atravesando el monte hasta, como él lo llamaba, “el sitio de los templos abandonados por los abuelos”, que era, por decirlo así, la pobla-

ción más cerca del lugar en donde vivía su familia.

Marcela le contó a Jacinto de Emiliano, y de cómo nosotros cuatro también salimos en la noche a buscar un médico. Ella cuenta que Jacinto abrió los ojos como plato, porque estaba seguro de que, aunque hubiéramos prometido ir por la carretera, el sol, tarde o temprano, nos iba a obligar a meternos en la selva y de seguro nos perderíamos.

LA VOZ DEL MIEDO

Habíamos caminado horas por la superficie hirviente del pavimento, y la suela de los tenis se nos iba derritiendo con los kilómetros. Dos veces nos entusiasamos de ver unos charcos enormes que se nos antojaron para darnos un chapuzón, pero cuando nos acercamos, resultaron ser fantasmas de aire caliente que el concreto hacía moverse como si fueran de agua.

No había pasado ni un coche en ocho horas y cada vez avanzábamos más lento. Estábamos hasta el gorro y hambrientos.

Fito, que iba adelante, se quedó pasmado, mirando al cielo. Nos gritó que estaba seguro de que ese era un árbol de chicozapote. Sobre el pavimento y a

los lados había muchas frutas pudriéndose, pero el árbol todavía tenía varias que se veían en bastante buen estado. Los tres hombres intentamos trepar al tronco, pero no pudimos. Al final Carlos y Fito se pusieron a gatas, como banquitos, yo me paré encima, y Valeria, que era la más flaquita de todos, tuvo que trepar hasta mis hombros y pararse sobre mi cabeza para alcanzar la primera rama. Ya de ahí pudo subir hasta otras ramas y con un palo alcanzó hasta donde estaban los chicozapotes, que Fito fue cachando uno por uno en su camisa para que no se despanzurraran.

Desde allá arriba, Valeria logró ver que la carretera daba varias curvas y salía luego en línea recta hasta un crucero en donde el sol se reflejaba en unas láminas que bien podrían ser coches. Bajó distraída, ubicando un atajo por la selva, y una rama rota del árbol se le encajó en el muslo. Apretó los dientes para aguantar el dolor y no dijo nada. Para Valeria, llorar por una cortada era de cobardes, así es que sacó de su carne el trozo de madera, limpió la herida lo mejor que pudo con saliva y se amarró el paliacate rojo que traía en la cabeza para tapar la abertura que había rasgado también buena parte de su pantalón.

Bajó de un brinco para disimular el dolor, hacién-

dose que no sentía las punzadas en la pierna. Yo me di cuenta, pero no dije nada, aunque le busqué un bastón para que se apoyara.

Comimos los chicozapotes más exquisitos que he probado en mi vida. Tenían una pulpa jugosa y dulce de color café claro y en su interior se formaba como una estrella negra de semillas bien lisitas, que usamos como proyectiles para una competencia de escupidas.

Cuando ya no nos cabía ni una mordida, Valeria planteó su idea de acortar camino por la selva. Los cuatro sabíamos que era peligroso perdernos, pero al mismo tiempo estábamos seguros de que a Emiliano no le quedaba mucho tiempo. Era un pedazo corto que nos ahorraría muchas vueltas en la sombra y era fácil no perderse si nos fijábamos de seguir la trayectoria del sol... Decidimos entre todos y entramos en la selva armados de palos para hacer a un lado la maleza.

El suelo a ratos estaba inundado, y nuestros tenis empapados. A un buen tramo, nos dimos cuenta de que en la selva era muy difícil ubicar el sol entre las ramas, y los árboles eran demasiado iguales para saber si habíamos estado dando vueltas, pero según los cálculos de Valeria, ya íbamos como a la mitad, así es que seguimos. Empezó a oscurecer y comen-

zamos a dudar de Valeria. Fito le reclamó:

—No manches, dijiste que estaba cerca.

Ella contestó:

—Pues yo lo vi cerca desde arriba...

Carlos dijo:

—Nunca debimos de haberle hecho caso a una niña.

Yo me enojé muchísimo, y quién sabe por qué la defendí como fiera, porque, la verdad, sí estábamos bien perdidos.

Ya era muy noche cuando oímos un rugido poderoso y ronquísimo entre las plantas. El ruido hizo vibrar la tierra hasta hacernos temblar las piernas. Los cuatro nos quedamos paralizados de miedo, ninguno habíamos oído nunca algo tan impresionante. Fito buscó con urgencia un árbol para treparnos, yo saqué mi navaja, que de poco me iba a servir, pero me puse cerca de Valeria, mientras ella nos cuidaba a los tres la espalda.

Carlos se quedó frío, no podía decir nada, no se movía...hasta nosotros escuchábamos los latidos de su corazón... El crujido de unas ramas nos puso todavía más tensos. Por el sonido de las pisadas, Valeria supo que era un animal grande el que se acercaba. Ella había ensayado muchas veces con su papá para poder observar alguna especie silvestre y sabía cómo

contener la respiración y congelar hasta el último latido de sus venas, así es que la imitamos. Las plantas se hicieron a un lado, y cuando estábamos a punto ya de gritar... apareció Jacinto, el muchacho maya, que había decidido venir a buscarnos después de hablar con Marcela en las ruinas.

Los cuatro respiramos y nos presentamos con él, pero Carlos seguía nerviosísimo, de modo que seguimos avanzando a tientas, sin volver a escuchar ningún rugido.

La oscuridad se hacía más clara adelante, en un lugar amplio donde entraban de lleno los rayos de la luna. Corrimos hacia allá con la esperanza de encontrar la carretera, pero frente a nosotros se abrió un despeñadero altísimo, imposible de bajar escalando.

Caminamos al borde del acantilado, queriendo cruzarlo, pero era eterno, y con el cansancio, hasta a Carlos se le fue olvidando el apuro. Cuando no pudimos más, acampamos, pero esta vez uno se quedó de guardia mientras el resto dormíamos, muy juntos.

Comenzamos a pensar que habíamos imaginado aquel rugido, quizá porque los cuatro estábamos impresionados por la estela del jaguar que habíamos visto en las pirámides. El mismo Jacinto confesó que, por su historia, esa estela era a la que más temía

desde niño... Según decían, en ese templo los abuelos mayas hacían el rito del Alash Huinic, que en español significa hombre verdadero: en él, los guerreros eran sometidos a una prueba muy difícil que debían superar sin ayuda, para demostrar su sabiduría; porque de las decisiones que ellos tomaran en adelante, llegarían a depender muchas vidas.

Vale hizo la primera guardia, porque dijo que no tenía sueño. Hacía tres años que había muerto su mamá, y su papá se había refugiado desde entonces en el trabajo, dejando casi de notar la existencia de su única hija. Quizá fue eso lo que provocó que el miedo le espantara el sueño y comenzara a comerle las tripas; no por temor a las serpientes y las arañas como las otras niñas, que bien que estaba acostumbrada ella a lidiar con esos y muchos otros bichos en las excursiones de un papá biólogo; sino porque la noche anterior soñó que lo que se le había trepado al Drupi a la cabeza era una epidemia mundial, y estaba aterrada de que quizá no podría volver a hablar con su papá nunca más como persona cuerda.

Por la mañana nos despertamos sin novedad del famoso jaguar, aunque en secreto todavía nos duraba el susto.

Jacinto caminó al frente como un fantasma. Se adelantaba a ratos para poder cazar, porque se que-

jaba de que los demás hacíamos demasiado ruido. La verdad es que tenía razón. Él avanzaba acuclillado, veloz y en silencio, como pidiendo permiso a cada piedra para poderla pisar, mientras que los demás platicábamos todo el tiempo y rompíamos palos y ramas al pasar.

Hasta Valeria hacía ruido. Según ella, su papá la hubiera matado en cualquiera de sus excursiones; porque el bastón que le tallé con mi navaja cuando se lastimó con el árbol de chicozapotes, lo habíamos ido adornando con plumas de pájaro, semillas y huesos que encontrábamos por el camino... quedó bien chido, pero cada vez que caminaba sonaba clic, clac, clic, clac.

Jacinto se reía de verla. Decía que así parecía una chilam, como su abuelo, de los que curan y saben adivinar el futuro. Ella sonreía y siempre nos amenazaba con decirnos un futuro feo si nos portábamos mal, pero yo creo que sí le gustaba eso de la chilam, porque iba aprendiendo sobre las plantas que Jacinto reconocía y le decía qué podían curar.

El Maya, como le apodamos a Jacinto, regresó de su cacería con un animal chiquito bien raro que los demás nunca habíamos visto. Era una especie de cochinito con patas largas y piel moteada. Nos dijo su nombre, pero ya se me olvidó. Cuando lo cocina-

mos, olía riquísimo, hasta respirábamos hondo para olerlo más. Comimos delicioso... Colgamos en el bastón de la chilam la mandíbula del bicho.

Luego nos distrajimos con palos largos con los que jugamos duelos de espada y terminamos tirados riéndonos, porque nuestras espadas eran bien chafas y se rompieron en pedazos. Comenzó a oscurecer sin que lo notáramos, hasta que un nuevo rugido nos sacó de la inconsciencia... Aunque pareció mucho más lejos que la noche anterior, los cinco tragamos miedo. Sin decirnos nada apuramos el paso hasta caminar casi tan rápido como Jacinto.

Para distraer el susto, Valeria se acercó y me preguntó que por qué me habían suspendido de la escuela las dos veces el año pasado. Yo le dije que por andar de bocón defendiendo algo, pero a los maestros no les gusta que los contradigas y lo único que se saben es la suspensión. Valeria se me quedó viendo y me pidió que la perdonara por favor, que ella había sido muy cobarde porque no dijo nada y yo tenía la razón... que por eso me admiraba desde entonces, porque yo no me quedaba callado con las injusticias. Yo no supe qué contestarle. Me dio pena y me puse muy rojo, pero por suerte ella no vio, porque ya estaba bien oscuro.

La noche nos forzó de nuevo a dormir en la sel-

va, pero esta vez nos gustó menos, porque aunque no lo dijéramos, el rugido se hacía presente de vez en vez como si nos estuviera siguiendo, y no había modo de cruzar el cañón altísimo.

Los más optimistas opinamos que se oía más lejos... a lo mucho sería como el día anterior. Fito insistía en que había visto en la tele que los animales salvajes pueden recorrer hasta 50 kilómetros en busca de su alimento, y nosotros teníamos toda la facha de ser su platillo preferido.

Carlos era el menos optimista. Seguía sintiendo mojado el estómago de adrenalina y con cada rugido daba un brinco. Finalmente, nos detuvimos para decidir qué hacer bajo algunos árboles que podrían servirnos de cobijo... buscábamos cómo subirnos cuando vimos brillar ante nosotros los ojos amarillos de un jaguar inmenso... (al menos yo nunca he vuelto a ver uno igual).

El animal se movía de un lado a otro sin hacer el menor ruido con sus patas enormes. Jacinto nos hizo señas para callarnos... De cualquier modo, ninguno de los cuatro nos sentíamos capaces de decir ni pío. Estábamos aterrados. La bestia era tan grande, que era imposible escapársele. En menos de dos zancadas le clavaría las garras y los colmillos en el cuello al que lo intentara.

AL OTRO LADO DEL DESPEÑADERO

En la zona arqueológica, el día no estuvo mejor que para nosotros en la selva. Emiliano seguía inconsciente, pero respiraba. Ya de día, su cara era una masa deforme y amoratada por los golpes inflamados; a decir de Marcela, mucho peor de lo que habíamos podido ver la noche en que se cayó entre las sombras. Fernanda había limpiado las heridas y le había estado aplicando paños de agua fría. Lo habían inmovilizado con toallas remojadas en barro, como les dijo Jacinto.

Alguien dio con el almacén donde Marcela y Valeria habían asegurado la comida. Rompieron la puerta y comenzó la rebatinga. Cada quien trataba de ganarle al de junto, se insultaban, se empujaban y se golpeaban. Era una batalla campal de todos contra todos.

El Drupi, la Muerta y el Polvorín se metieron abajo de la taquilla asustadísimos. De pronto un trueno retumbó en el aire y sacó de onda a la turba furibunda. Una chava había encontrado una escopeta en la oficina y disparó al aire. Marcela se temió que ese fuera el principio de una dictadura, pero por suerte no había más balas. Con el balazo todos despertaron y se vieron unos a otros sudorosos y gol-

peados. Marcela aprovechó el silencio para hablar. Cuenta que le daba mucho miedo, porque nunca ha sido buena para hablar en público: se le cortan las palabras, se le atorán en la garganta y le tiembla la voz... pero igual se animó porque necesitaban ponerse de acuerdo.

Se subió a las escalinatas de piedra de la Pirámide de las Estelas y lo único que se le ocurrió decir entonces fue que por qué no se sentaban tantito. La Muerta, el Drupi y el Polvorín salieron de su escondite y obedecieron. Se tomaron de las manos como para formar una rueda y, ya sentados, comenzaron a cantar “un candadito nos vamos a poner, el que se lo quite va a perder...” Dicen que era un espectáculo de dar pena el de los profes, pero ayudó a que se pasara la tensión.

Ese día la mayoría del grupo conoció por primera vez la voz de Marcela, porque en el salón no se la escuchaba, ni cuando nos pasaban lista. Empezó quedito, quedito, y poco a poco fue ganando volumen. Como era algo de verdad raro, casi todos se callaron. Ella dijo que Jacinto le había enseñado algunas plantas por ahí cerca: había papayas, una mata de chaya (que se come como espinacas), unos árboles de naranja agria, ciruelas y plátanos, así es que no iban a morirse de hambre, y tampoco iban a pasar

sed, porque el cenote estaba lleno de agua limpia...

Explicó que toda la gente tenía hambre:

—Los que quieran, que compartan su comida, para pensar entre todos qué hacer, porque con hambre no se piensa bien.

Los que se habían agarrado a golpes por las galletas, la voltearon a ver incrédulos, pero a ella le valió y se siguió diciendo:

—Ninguno de aquí es tonto, si quieren estar solos, allá ellos, no podemos forzar a nadie a que comparta, pero yo creo que las ideas que demos entre todos tienen que ser mejores de lo que hasta ahorita se nos ha ocurrido a cada uno.

Todos estaban seguros de que cada quien iba a jalar para su rincón sin compartir nada, pero para sorpresa de los pesimistas, la mayoría comenzó a rolar las bolsas de papitas y las galletas.

Marcela siguió hablando. Organizada e inteligente como es, sugirió hacer una lista de las tareas que se le ocurría que hacía falta realizar, desde cuidar a los profes hasta preparar comida. Otros fueron dando ideas y José iba escribiéndolas en una libreta que luego me prestó para leerla.

Alguien sugirió que deberían nombrar un moderador que se encargara de dar la palabra y de juntar a todos para resolver los problemas que se presenta-

ran. Al llegar a este punto, comenzaron a gritar:

—¡Que sea Esteban! ¡Mejor Román! ¡No, mejor Diana!...

Marcela, que ya había empezado a creer que por fin se estaban poniendo de acuerdo, se desmoronó ante la nueva bronca por el poder que se venía.

Finalmente votaron en secreto, con papelitos, y a pesar de lo que gritaban en voz alta, todos eligieron a Marcela.

Así se organizaron por equipos. Cada equipo era responsable de una de las tareas. Si querías, le entrabas, y si no, no. Algunos al principio no le entraron.

Los equipos comenzaron a trabajar, pero tuvieron que juntarse varias veces para discutir los problemas que iban surgiendo. No se habían puesto de acuerdo por ejemplo, sobre el uso de los baños... los tiempos de descanso... cómo y a qué horas iban a repartir la comida... qué hacer con el alcohol (muchos habían quedado curados de espanto con el accidente).

Al principio algunos alegaron que no se habían liberado del *Polvorín* y de sus papás, para obedecer las nuevas reglas de los ñoños del grupo. Marcela dice que ella misma llegó a pensar que la habían nombrado por error, porque es muy lista, pero definitivamente le falta volumen en la voz. Si es cosa de

aplacar fieras, tampoco la hace, porque si hay algo que ella no tiene, es un carácter de domadora.

Yo no logro entender todavía cómo es que sucedió eso de su nombramiento, porque durante tres años y medio Marcela había sido invisible para todo el grupo. Vale era la única que sabía que le gusta la pólvora, las cerbatanas, las catapultas y que hacía miles de experimentos en horas de clase.

Algunos la conocían porque, cuando se acercaba la fecha de los exámenes, le pedían asesorías en matemáticas, y entonces ella empleaba un método muy raro para explicar. No te decía nada, hasta que ya tenías una duda concreta, entonces le preguntabas, pero como ella no hablaba, todos comenzábamos a explicarnos entre nosotros. Ella apenas decía que sí o que no con la cabeza. Lo raro era que el método funcionaba y varios lográbamos pasar mate gracias a ella.

Marcela usó para las asambleas el mismo método que en las explicaciones de matemáticas. Se callaba y dejaba hablar a todos para que en conjunto formaran una mejor idea.

Por lo que cuentan, las juntas eran divertidas. Discutían muchas veces las reglas de un nuevo juego de pelota, sin pelota y a medio juego. Hasta los más callados se fueron animando a hablar, porque

pusieron una regla de que al que no dejara hablar a los demás, le tocaba “pamba china” y recoger la leña para la cena.

El día entero se les fue en organizarse y resolver lo más urgente. Emiliano había bebido algunos tragos de agua que Fernanda le dio remojando una esponja, y el cansancio los venció a todos en cuanto comenzó a oscurecer.

Apenas despuntando el nuevo día, un grito pavoroso los sacó a todos del sueño llamándolos hasta la tienda. En el suelo estaba Emiliano tirado sobre las tablas, ya muerto.

Fernanda, su novia, lloraba como loca y se doblaba de dolor en el piso de cemento diciendo:

—¡Esto no puede ser, no puede ser, no puede ser, no puede ser!

Marcela la abrazó. A todos se les hizo chiquita la garganta. Unos lloraron por él, otros por Fernanda, por su propia idiotez, por creerse invulnerables, por sentirse estúpidamente “libres”... Marcela también lloró. Se acordó de Valeria. Ella sabía que eso SÍ PODÍA SER, igual le había cambiado la vida en un instante y para siempre, sin remedio.

Lidia, Marcos y Daniel, que no habían querido participar en la junta ni con los equipos en todo el día, fueron a cavar un hoyo profundo con un pico y

dos palas que habían visto atrás de los baños. Nadie les dijo que lo hicieran, ni se hablaron entre ellos. Nadie dijo nada, pero fueron.

Marcela y José cubrieron a Emiliano con toallas para enterrarlo. La ceremonia duró mucho menos que la conmoción, que durante varios días los trajo a todos pasmados.

Algunos del salón dijeron dos o tres palabras, pero la mayoría seguía paralizada por la impresión. José talló una cruz que amarró con un pedazo de su camiseta y la clavó en la cabecera. Las mujeres pusieron flores y hojas verdes en el camino hasta la plaza a un costado de la Pirámide de las Estelas, que fue donde lo enterraron.

Marcela estuvo pensando todo ese día en las veces que su mamá regresaba de malas del trabajo... En esos días era imposible sacarle ningún permiso. Todos los hermanos alegaban entre ellos que era una terca, autoritaria, amargada... Su hermana hasta llegó a decir que “eran puras ganas de joder”; pero luego de ver a Emiliano, Marcela se dio cuenta de que lo que su mamá traía en esos días era pavor de que a sus hijos les pasara lo mismo que a los heridos que atendía como enfermera de urgencias. Desde esa vez, Marcela cree que el miedo tiene a los papás agarrados del pescuezo, que la palabra “NO”

está construida de miedo, y la razón “PORQUE NO”, de puritito terror.

EL CONTAGIO

En la selva, el jaguar nos rondaba majestuoso. Paseaba su mirada de uno a otro y cada vez que se relamía los bigotes y fruncía un poco el hocico, le asomaban unos colmillos enormes.

Nosotros nos fuimos juntando hasta quedar agarrados de las manos, sudando pánico. El animal sacudía la cabeza y caminaba para un lado, para el otro, y luego de regreso. Parecía que no tenía prisa de atacarnos, porque bien que sabía que nos estábamos muriendo de miedo. Fijó por instantes la mirada en cada uno, entrecerrando despacito sus párpados amarillos cuando nos veía a los ojos. Volvió a rugir una vez más, haciendo que el aire se estremeciera. De tanto temblar, las piernas amenazaban con fallarnos a la mitad. Fito cuenta que llegó a considerar la idea de tirarse al precipicio. Pensaba que a lo mejor habría agua al final, pero estaba bien oscuro y era difícil saber. El jaguar siguió observándonos todo el tiempo. Hacía un ronquido permanente y muy profundo, como los gatos cuando ronronean... pero como mil veces más fuerte.

De repente, se dio la media vuelta y se alejó con el mismo silencio con el que lo vimos llegar. Los cinco nos quedamos parados como estúpidos. Cuando al fin reaccionamos, nos abrazamos y nos pusimos a llorar de susto.

Cada uno pensamos cosas diferentes y nos atropellábamos para hablar... pero Jacinto nos interrumpió muy serio y nos preguntó:

—¿Qué les dijo? —Fito rápidamente quiso tomárselo a guasa, porque estaba tan asustado como los demás y no quería que lo viéramos llorar. Dijo:

—¡Chale! los jaguares no hablan maya.

Pero Jacinto insistió:

—Vino a buscarnos a los cinco, y nos miró, ¿qué les dijo?

Vale respiró profundo y todavía con lágrimas en los ojos, nos confesó:

—Igual y me dicen que estoy loca y que es pura sugestión... —estaba nerviosísima, se frotaba las manos en el pantalón y se turbaba al hablar.

—...Cuando el jaguar me vio a los ojos... yo pensé en...

—En Emiliano —completó Carlos.

Fito no podía aceptar lo que estaba oyendo:

—¿Están diciendo que Emiliano se convirtió en un jaguar?

Valeria se molestó:

—¡Claro que no! Todos nos arriesgamos a parecer unos idiotas al decir lo que pensamos del jaguar Fito. El problema es que te da miedo admitir que tú también lo escuchaste decirte algo.

Fito no quiso profundizar. Un jaguar que habla podía significar que nosotros mismos ya nos habíamos contagiado de locura como los profes, y que esos eran los primeros síntomas.

Los demás estuvimos discutiendo un rato con Jacinto. Los cuatro oímos clarito que el jaguar le fue diciendo a cada uno cosas diferentes. A Carlos le dijo que la solución a la epidemia no estaba lejos, a Valeria, que la solución tampoco estaba en la selva, y a mí, que la solución de la epidemia estaba dentro.

Fito alegaba que la fruta nos había puesto a todos a alucinar. Yo ya no estaba seguro. No creo en las magias y esas cosas, pero todo había cambiado mucho en esos días.

Jacinto nos contó que los abuelos creían que el jaguar era un dios guía, porque cuidaba al sol en la oscuridad para que pudiera salir cada día. Los espíritus podían comunicarse fácilmente con los dioses y siempre nos cuidaban desde el más allá, por eso él creía que alguien ya fallecido había enviado al jaguar a buscarnos. Los cuatro temimos que eso signi-

ficara el final de Emiliano. Todos sentimos escalofríos, y extrañamente ya no por el jaguar ni por los espíritus de las películas que se dedican a hacerle la vida de cuadritos a los vivos. Los muertos, para El Maya, cuidan de los vivos... pero significaba que habíamos fracasado. No habíamos podido llegar con el doctor a tiempo... ni siquiera habíamos podido encontrarlo... era nuestra culpa que Emiliano se hubiera muerto...

EL EXAMEN FINAL

Aunque lo hubiéramos intentado, después de eso no habríamos podido dormir, por eso seguimos. La impresión del jaguar nos tenía a todos atolondrados. Traíamos los pies adormecidos por la humedad, estábamos todos picoteados, rasguñados y llagados. Andábamos malos del estómago y, para colmo, no llevamos papel del baño...Ni el mismo Jacinto supo por dónde nos metimos, así es que ya en la madrugada tuvimos que hacer un alto para reconocer que ahora sí estábamos completamente perdidos.

Lo peor es que, si nos estábamos volviendo locos, como decía Fito, y Emiliano no había muerto, no podíamos ya hacer nada por él...ni siquiera habíamos podido cuidarnos a nosotros mismos.

Vencidos y desesperados, nos sentamos a roer cada uno nuestra frustración. Yo tenía un revoltijo de piezas sueltas en la cabeza al que trataba de darle sentido, pero antes de intentarlo, me asustó la cara de Jacinto.

Un silencio sepulcral se apoderó de la espesura. Se callaron las cigarras y las ranas. Se ocultaron los murciélagos y los búhos... tanto silencio era señal inequívoca de peligro. Aguzamos los oídos y un nuevo torrente de adrenalina nos juntó a los cinco en medio del claro de la selva.

El silencio se interrumpió por el crujir de la maleza lejana, que parecía ser cortada de tajo. Parvadas de loros y algunos monos pasaron junto a nosotros huyendo despavoridos.

Cuando ya no podíamos más de miedo, Carlos logró distinguir un sonido disparatado que parecía acercarse, pero no le creímos. Poco a poco, todos lo fuimos oyendo. El autobús que nos había transportado a las ruinas se abría paso hasta aquel sitio... Era seguro, estábamos locos, como había pronosticado Fito.

El autobús nos alumbró con el único faro que le quedaba vivo, y de su interior bajó Marcela con otros dos. No podíamos creerlo. Nos abrazó sin lograr borrar la consternación de nuestra cara. ¡Cómo

era posible que hubieran podido entrar hasta ahí, si no había caminos?... ¡¿Cómo nos encontraron?!... ¡¿Qué hicieron?

Marcela sonreía eufórica de contento. Nos subimos al camión entre aplausos, todos aturcidos, sin acabar de entender que las cosas también habían cambiado para ellos en las ruinas. Se habían organizado en brigadas para peinar la zona luego de la muerte de Emiliano, y entre todos, hallaron el autobús en un ratito, porque a alguien se le ocurrió que, si el chofer contrajo la enfermedad igual que los profes, de seguro no habría podido llegar muy lejos... ¡¿Cómo no lo pensamos al principio!... Era tan obvio...

Como no estaban dispuestos a perdernos, se decidieron a buscarnos todos juntos, y entraron en la selva... Nosotros seguíamos sin entender cómo...

El autobús inició su atormentado y tambaleante regreso. Al darse la vuelta, las llantas se hundieron en el lodo y patinamos hasta darnos contra una ceiba. Como un ejército de hormigas bajaron uno a uno para ayudar juntos en el desatasco. Sólo los profes y el chofer se quedaron sentados. El resto acarreábamos palos, ramas piedras... La organización era tal, que sospechamos que seguro ésta no era la primera vez que les había ocurrido, porque cada cual busca-

ba el sitio en donde mejor podía ayudar para hacerlo todos juntos.

A mí me asignaron el volante, mientras otros empujaban y Vale y Carlos dirigían. Ya habíamos logrado sacar dos llantas, cuando escuché que La Muerta dejó de recitar y El Drupi y el chofer dejaron de jugar y comenzaron a darme de gritos.

Entre el atasco y las instrucciones de los de afuera, antes de que pudiera darme cuenta, hasta El Polvorín había recuperado la cordura, si es que puede llamarse cordura al estado habitual de El Polvorín. No entendían por qué motivo el autobús estaba metido en la selva, por qué no se acordaban de nada y qué hacía yo manejándolo en la madrugada con todos los demás empujando.

Afuera el resto del grupo aplaudía y se abrazaba porque habíamos logrado sacar el camión del lodazal.

El chofer me miró indignado por lo que le había yo hecho a su unidad. Quise explicarles, pero ninguno de los adultos estaba dispuesto a oírme. Hicieron entrar al grupo y ordenaron el regreso de inmediato, porque la excursión escolar se les había salido de las manos...

El Polvorín, encolerizado, sólo se acercó a decirme:

—De ésta ahora sí no te salvas, Samuel, ya llegaste al límite.

Yo empecé a dudar de si me daba gusto verlos sanos. Estaban mejor como niños. Esa amenaza me había traído de regreso bruscamente a la realidad, pero me sentía tan agotado, que ni el agujero de preocupación en el estómago evitó que me quedara dormido durante todo el camino.

EL MAYA

La noche en que nos despedimos, Carlos, Marcela y Fito le dieron un abrazo fuerte a Jacinto. Valeria le regaló su bastón de chilam y yo le obsequié una madera con la forma de la cabeza de un jaguar, que había tallado para él en las noches de guardia en la selva. Cuando se la di, no dijo nada, pero se sonrió hasta con los ojos y la tomó con sus dos manos como un tesoro.

—La prueba nunca es igual para cada guerrero —me dijo—. Eso es lo que a mí me confió el jaguar... Ustedes son guerreros de verdad... seguro la van a pasar.

Esa madrugada, a lo lejos, volvimos a escuchar el ronquísimo rugido del jaguar y supimos que así es como el grupo había dado con nosotros, siguiendo al guía nocturno del sol. En secreto y con gusto, todos

nos despedimos de Emiliano y de su nuevo amigo.

Semanas después, El Maya me contaría en una carta que me envió de vuelta que en su casa ya todos están bien. Los afectados no se acuerdan de nada, igual que acá. Según él, aprender a compartir y arriesgarse por unos turistas desconocidos había sido su prueba, y por su decisión, había sido elegido para aprender los saberes de su abuelo, el Gran Chilam.

LAS SECUELAS DE LA EPIDEMIA

El primer día que regresamos a la escuela luego del viaje a las ruinas, alcancé a ver a Vale bajándose del pesero. Venía como siempre, con su cara de despistada y su coleta de caballo, aunque su facha ya no me era indiferente, porque me puse bien nervioso nomás de verla.

Me dio miedo llegar con ella y no saber qué decirle. Siempre me pasa eso con las mujeres y más con las que me gustan... lo bueno es que teníamos un montón de qué hablar.

Me contó cómo había estado platicando con su papá sobre las plantas, los murciélagos, el jaguar, y hasta del miedo que tenía de no volver a verlo jamás. Dice que él la escuchó como si estuviera vien-

do el mejor documental y que lo sintió cerca, por primera vez desde que murió su mamá. Hasta le prometió que la próxima vez que salga en un viaje largo, la llevará con él a conocer más plantas de las que pueden curar.

Todo se transformó en esos seis días. Yo le decía a Valeria que al grupo entero nos había pasado algo en la epidemia, que quizá eso que nos pasó eran los efectos secundarios de la enfermedad, pero ella decía que ojalá y no, porque si fuera así, de repente todo se nos iba a olvidar. Le gustaba más pensar en la prueba del jaguar.

En la primera hora de clases, El Polvorín entró al salón y me llamó a su oficina. Regresé luego por mis cosas, hirviendo de frustración y de impotencia. Aunque reclamé y traté de explicarle, me había aplicado la expulsión definitiva, que por incitar a todo el grupo a la indisciplina, destrozarse un autobús y haber causado la muerte de uno de mis compañeros en las ruinas.

Traía los ojos todos llorosos y apenas le dije algo a Vale para despedirme, porque estaban en clase y no podía entretenerme más. A mis espaldas alcancé a escuchar el rumor de indignación que se regó como un incendio por el salón.

Cuando atravesaba el patio de camino a la salida,

mis compañeros ya habían tomado los pasillos. A pesar de los reclamos de La Muerta para hacerlos entrar a clase, ellos permanecieron de cara al patio sonando sus zapatos rítmicamente en son de protesta. Los alumnos de los otros grupos se asomaron a ver qué ocurría y se fueron uniendo en los pasillos al mismo ritmo. Los profesores llamaban a voces y El Polvorín corría de un lado a otro disparando suspensiones.

El rumor organizado era tal, que hizo salir a la directora. En ese momento un grupito silencioso de tres o cuatro personas, encabezadas por Marcela, se abrió paso entre la multitud para llegar hasta su oficina. Le mostraron las fotografías y le narraron las versiones de los hechos desde su perspectiva.

Después me hicieron entrar junto con El Polvorín, quien tuvo que aceptar que no había creído de mí ni una palabra de esa historia ridícula, pero no pudo con las fotografías.

Por primera vez en mi existencia, vi revocada una decisión injusta. No sólo eso, sino que, a raíz del incidente, se nombró un consejo de estudiantes de todos los grupos que participó en la elaboración de un nuevo reglamento de la escuela, porque como le dijo Marcela a la directora, no estábamos en contra de las reglas, como creían los maestros. Demasiado bien habíamos aprendido lo que sucede en una epi-

demia sin reglas. Lo que queríamos era poder opinar sobre ellas.

Poco a poco el contagio de lo que aprendimos en la epidemia ha ido creciendo. A diario aparece en los pizarrones la firma misteriosa de *El Jaguar*, que confía en que las decisiones de cada uno, cuando se juntan, son mejores para todo el grupo.

¡Ya déjenlo!

Óscar de la Borbolla

Óscar de la Borbolla es autor de una vasta obra literaria que abarca distintos géneros. Entre sus publicaciones se cuentan *Vivir a diario* (1982), *Las esquinas del azar* (1998), *El amor es de clase* (2000) y *Las vocales malditas* (2001), que son libros de cuentos; *Nada es para tanto* (1991), *La vida de un muerto* (1998) y *Todo está permitido* (2002), en el género novela; *Los sótanos de Babel*, en poesía (1986 y 1998).

También ha escrito crónica: *Dejé mi corazón en Humanguillo* (1999) y *El ajonjolí de todas las soluciones* (2000); periodismo-ficción: *Ucronías* (1989), *La ciencia imaginaria* (1996) e *Instrucciones para destruir la realidad* (2003), y ensayo: *Introducción a la filosofía de Nietzsche* (1991). *Manual de creación literaria* (2002) es un libro de análisis literario. Recientemente publicó *La risa en el abismo* (2004).

Obtuvo la mención honorífica correspondiente a México en el Concurso Internacional de Cuento Esperante 1985, convocado por la Northeastern University of Chicago, con el cuento "El canto de las sirenas". Recibió el Premio Internacional de Cuento Plural 1987, convocado por la revista "Plural" del periódico *Excélsior*, con el cuento "Las esquinas del azar". Ganó el Premio Nacional de Humor, La Sonrisa 1991, por la novela *Nada es para tanto*, convocado por la Academia Mexicana del Humor. Con la novela *Todo está permitido*, fue finalista del Premio Internacional de Novela Planeta 1994, convocado por la Editorial Planeta México.

Todos éramos distintos, tan distintos que precisamente lo que nos diferenciaba a simple vista se había vuelto nuestro apodo: ese adjetivo hiriente que nos sintetizaba, que nos volvía esquemáticos. Yo para mis amigos era El Gordo; para los demás, sencillamente, La Marrana. También estaban El Garrocha, El Charal, El Ciego, El Harapos, El Indio, El Boxer, El Marica y muchos otros. Obviamente, eran los tiempos de la secundaria, el periodo en el que los caracteres sexuales secundarios estaban asomando y las hormonas dictaban la conducta: había –a pesar del miedo– que partirse la cara por lo menos tres veces para que la persecución y el escarnio se orientaran hacia otra víctima, y también era el tiempo en el que todo estaba erotizado: una paleta en los labios de alguna compañera, las piernas de una mujer al descender de su automóvil, el triangulito blanco de

nylon debajo de la falda de las señoritas que iban en el camión sentadas en la banca de enfrente; todos hablábamos de eso en el recreo, todos soñábamos con eso por la noche. Todos éramos, no obstante, tan iguales, tan perros los unos con los otros.

El primer año fue difícil: no entendía las reglas, esa jerarquía cruel que día tras día iba labrándose a puñetazos, pues al que no se atrevía, al que no terminaba con el uniforme manchado de sangre, le iba peor. Era preferible perder uno o varios pleitos, terminar en el piso con una hemorragia, que convertirse en el puerquito de todos. Entendí las reglas después de mi primera derrota: El Boxer me había pegado hasta cansarse, pero al día siguiente ya no me pegaban todos: me siguieron llamando “Marrana”, es cierto, pero con tono fraternal; ya no era “Marrana, Marrana...” desde el coro de la burla, sino que “Marrana” era simplemente una manera de referirse a mí: “Oye, Marrana, préstame tu sacapuntas”, o “Que La Marrana juegue con nosotros”. Ese primer año de secundaria lo recuerdo como lo más semejante al infierno; cada uno era el infierno del otro y entre todos armábamos, a la hora del recreo, un infierno bullicioso y expansivo que daba la apariencia de ser una fiesta de muchachos jugando cordialmente.

Al terminar ese año maldito ya se había logrado un cierto equilibrio: al Boxer sólo lo llamábamos El Boxer cuando no nos oía. El Marica prácticamente vivía aislado. El Charal y yo nos hicimos amigos a partir de la vez en que ambos quedamos con las narices rotas, resoplando en el suelo y en medio del corro de los compañeros que nos instaban a gritos a seguir matándonos: “¡Pégale, Marrana!”, “¡Patéalo, Charal!” Supongo que fuimos amigos, pues terminamos por ser conocidos como El 10.

Lo mejor de ese año, sin embargo, fue que acabó, que vinieron las vacaciones y que, durante unos meses, pude olvidarme del miedo cotidiano, de la rabia constante, de la venganza obsesiva y, sobre todo, de ese hueco en el estómago que me iba creciendo conforme se acercaba la hora de la salida. Lo único que ni en vacaciones me abandonó fue la vergüenza, la vergüenza de estar gordo, y la costumbre de cruzar los brazos para ocultarme, para tapar mi estómago.

Se fue julio, llegó agosto y no me quedó más remedio que regresar a la secundaria: a todos se nos había acentuado el rasgo que nos resumía, esa particularidad transformada en sobrenombre: yo estaba más gordo, El Garrocha, más alto, El Harapos, más pobre, y hasta El Boxer estaba más chato. El primer

día de clases nos miramos con una extraña mezcla de rencor y de gusto: íbamos a comenzar otro año y, de alguna manera, los golpes dados y recibidos auguraban una mejor etapa; los enemigos estaban, más bien, en los demás salones: en el nuestro ya se había consolidado cierta unidad, nos hermanaba el hecho de pertenecer al grupo F de segundo. También entre los compañeros con quienes me reencontré estaba Rosa, pues se llamaba Rosa y no La Tetona, yo nunca me referí a ella más que con su nombre, y eso que en todo el primer año no habíamos cruzado más palabras que un “gracias” y un “de nada” cuando le di un lápiz que se le había caído.

El Charal no reapareció: nunca supe qué fue de él; de hecho, me di cuenta de que no había regresado cuando todos volvieron a decirme Marrana y nunca más El 10. Había, en cambio, unos nuevos; en especial uno que era más grande que la mayoría y que, tanto por sus rasgos como por la torpeza de sus movimientos, resultaba evidentemente un anormal. Yo ya había visto esa clase de muchachos en la calle: mongoles, los llamaba mi mamá; pero encontrarme a uno sentado en mi salón, en la banca de al lado, despertó mi rechazo instantáneo: Juanito —ése era su nombre— resultaba más distinto que los demás; las distancias entre nosotros parecían salva-

bles comparadas con el abismo que entre todos le hicimos sentir.

Porque no sólo era la insidia normal; no era simplemente el mote doloroso; eran la burla y el escarnio sin tregua, el desprecio sistemático, la crueldad a todo vapor. Hasta El Marica o yo, a veces, podíamos ser admitidos en un juego, cuando hacía falta alguien para completar un equipo; pero Juanito no, Juanito nunca.

Al principio los maestros trataron de incorporarlo, de integrarlo a la clase, y él hacía unos esfuerzos extrahumanos por entender, por contestar; pero entre la impaciencia de los profesores y la burla estruendosa del salón en pleno, Juanito prefirió refundirse en el silencio y cambiarse al mesabanco del fondo de la clase.

Pocas veces salió al patio a la hora del recreo: las suficientes para quedar escarmentado, pues desde el juego de fútbol surgía como bólido un balonazo que se le estampaba en la cara o, si no, alguien fingía correr y con todo el vuelo le daba un empujón que lo lanzaba de cabeza contra el tambo de la basura y, en seguida, las carcajadas de todos, los gritos hirientes de todos. Juanito comenzó a quedarse en el salón. Yo lo sabía, porque también, a veces, prefería aislarme, porque también, a veces, los balonazos me

daban en los bajos y retorciéndome en el suelo, sin aire, alcanzaba a oír la cantaleta de “Marrana, Marrana” que tanto odiaba. Ahí, en ese maldito salón F de segundo, en rincones distintos, solíamos pasar el recreo Juanito, Eduardo –a quien llamaban El Marica– y yo. En aquellos momentos sólo queríamos huir de los demás y ese calabozo –porque para mí eso era el salón– se transformaba en un refugio, en un remanso de paz, y supongo que igual les pasaba a Eduardo y a Juanito. Nos mirábamos sin rencor, aunque tampoco había simpatía entre nosotros; de hecho, ni siquiera habíamos cruzado una palabra antes de esa mañana en la que el prefecto irrumpió en el salón.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Nada –dije yo.

—No queremos estar en el patio –dijo Eduardo.

—Y tú, ¿qué? –dijo el prefecto dirigiéndose a Juanito.

—Yo... yo...

—Déjelo en paz –intervine–, ¿qué no ve que lo molestan todos?

—No me importa... se me salen ahora mismo: nadie puede quedarse en los salones. Y nos echó.

Un alumno de tercero, el mismo que tenía la costumbre de fulminarnos con el balón de socker,

era quien nos había acusado con el prefecto. El oasis había desaparecido y en el patio nos esperaban todos con una nueva canción: “La Marrana y El Marica son esposos y ya tienen un hijo idiota... y ya tienen un hijo idiota”. Esa vez a la salida, Eduardo y el de tercero se agarraron a golpes en el camellón de las peleas. El pleito resultaba tan desigual como si un peso *welter* se agarrara amarrado a un peso pluma, porque Eduardo ni siquiera era amanerado, sino sólo un alfeñique.

—¡Acepta que eres puto! ¡Acéptalo! —gritaba mientras le encajaba una rodilla en el cuello, y Eduardo no podía moverse ni hablar, pues el de tercero estaba encima de él y le había metido en la boca un puño de tierra que lo estaba asfixiando.

—Ya déjalo —dijo El Boxer.

—Tú no te metas —respondió, y El Boxer le soltó una patada en los riñones. Ya no vi más, la inminencia de que iba a armarse una trifulca entre el segundo F y el tercero C me hizo correr hacia la escuela. Llegué jadeando y pude entrar con la mentira de que había olvidado un cuaderno. Ahí estaba Juanito en su banca de siempre y me sonrió. Tenía los ojos como de tortuga: a mí no me gustaba, de hecho, me daba miedo; pero le respondí la sonrisa y hasta levanté la mano en señal de saludo.

—Mme llammo Juannnito —dijo.

—Yo soy Ernesto —respondí sin ánimo de comenzar una conversación.

—Grracias —dijo él.

—¿Gracias?, ¿por qué? —le pregunté.

—Por deffenderme con el prrefecto... Aquí naidddie me ayyyuda.

—Sí —dije, aquí todos son unos ojetes.

—¿Ojetes? —repitió Juanito y se soltó a reír—, ¿qué son “ojetes”?

Yo no quería estar ahí y menos platicando con Juanito; pero en la calle seguramente había una batalla de todos contra todos. No me podía ir, aunque en ese momento no había nada en el mundo que deseara más, pues quería, por encima de todo, estar en mi casa solo y a salvo.

—¿Qué son ojetes? —insistió Juanito.

—No sé —dije secamente—. ¿Y tú, por qué sigues aquí?

Juanito debía esperar dos horas para que su papá llegara a recogerlo; era un señor muy buena gente que trabajaba en una lonchería muy alejada; un señor que era la única persona buena; porque para Juanito no había madre ni hermanos ni tíos ni nada, sólo su papá, el lonchero.

Noté que Juanito, conforme sentía confianza,

hablaba con más fluidez y hasta su cara, que siempre era inexpresiva, se iluminaba al referirse a su papá y se le ensombrecía al no saber qué contestar a propósito de su madre. La escuela le daba tanto miedo, le dábamos tanto miedo nosotros; “Tú no”, me dijo. Yo era el único que lo había ayudado y prometió acordarse de mi nombre:

—Voy a acordarme, ya verás, cómo voy a acordarme —y dijo “Eeernesto” varias veces para memorizarlo.

Al día siguiente, me enteré que el de tercero se había rajado con El Boxer y de Eduardo no supe nada, pues no se presentó en la secundaria. Era un día especial: Rosa estaba más resplandeciente que nunca, pues, aunque estaba prohibido que las niñas se maquillaran, ella había encontrado la solución para pintarse de frambuesa los labios: una paleta roja a la que daba de vueltas como si su boca fuera un sacapuntas. Me pasé toda la mañana mirándola, hasta que el profesor de geografía hizo que el grupo se burlara de mí.

—La capital... de cuál —pregunté regresando de mi ensoñación, y los compañeros, como siempre, estallaron en una carcajada cuando uno dijo:

—La capital de Marranolandia, güey. —Fue la primera vez que en lugar de sentir rabia, sentí ver-

güenza. Vergüenza no por la geografía, que me importaba un pito, ni por el ridículo de estar en el centro de las burlas, sino porque Rosa me estaba viendo: porque el profesor me había ordenado que me pusiera de pie y Rosa me estaba mirando en toda mi gordura. Nunca me había puesto tan colorado, nunca me había sentido más infeliz, nunca me había odiado tanto a mí mismo: nunca había odiado tanto a todos.

—Déjelo en paz —dijo Juanito al profesor—, ¿nnno ve que todos lo molestan?

El profesor se volvió enfurecido:

—A mí ningún chamaco me dice cómo comportarme. ¡Qué se han creído! —y nos mandó a la Dirección:— ¡Haré que los expulsen! —dijo a gritos. El estómago se me ahuecó en ese instante: la vergüenza y el odio que me tenían invadido desaparecieron y en su lugar unas sirenas ululantes se encendieron en mi cerebro: era el pánico de volver a mi casa, de enfrentar a mi padre...

Estábamos afuera de la oficina del director.

—¿Porr qué tiemmmmbblas? —me preguntó Juanito, y hasta ese momento me di cuenta de que venía conmigo y de que estaba ahí, a punto de ser expulsado, por haber intentado ayudarme. No le contesté nada, sólo le sonreí y le di un apretón amistoso en el brazo. Él guardó silencio y se puso a

mirarse las manos. Fue una hora larga ahí parados. Las imágenes de lo que ocurriría en mi casa se me venían encima y me paralizaban; sin embargo, poco a poco, me fui calmando, pues yo no había hecho nada: no saber la capital de un país no es motivo de expulsión, me decía para tranquilizarme. Había sido Juanito quien había ofendido al profesor, era él y sólo él quien lo había sacado de sus casillas; pero lo había hecho por ayudarme...

Cuando el profesor de geografía llegó a la Dirección, nos traspasó con la mirada y de inmediato lo dejaron entrar. Detrás de la puerta no alcanzaba a oírse lo que le decía al director. A ratos soltaban una carcajada y luego no se oía nada y después volvían a reír. Por fin se abrió la puerta y el profesor, con cara de triunfo, nos dijo:

—Ahí los esperan.

—Es muy grave faltarle al respeto a un maestro —comenzó el director.

—Yo no hice nada —dije con un hilo de voz.

—¡Cómo que no! —rugió el director.

—De veras, yo no fui; fue... fue Juanito —dije mordiéndome los labios.

—¡Fueron ambos! Estoy perfectamente informado —gritó el director y para nuestra suerte sonó el teléfono de su escritorio. Nunca había visto ese ros-

tro autoritario transformarse así, pues le cambió el semblante, sonrió, se puso dulce y tapando el auricular se volvió hacia nosotros para decirnos:— Váyanse, esta vez no los voy a expulsar, se quedarán castigados allá afuera hasta que se termine el turno. —Y, como no nos movíamos, repitió con su despotismo de siempre:— Váyanse, lárquense —e hizo un gesto con la mano. Empujé a Juanito para salir de la oficina y al cerrar la puerta tras nosotros alcancé a oír la voz nuevamente transformada del director que decía:— “Hola, corazón”.

No nos habían expulsado. De hecho nos había ido bien... bastante bien: quedarnos ahí quietos, parados y en silencio, hasta el final del día, era mejor que estar en la clase de química. Juanito me sonrió y se entregó a su pasatiempo de mirarse las manos, y yo, ya tranquilo, me puse a pensar en Rosa; sólo me permitía pensar en sus labios, más aún, únicamente en el color rojo de sus labios. Al cabo de un rato sentí el castigo: me apoyaba en un pie, luego en el otro y, así, alternando mi peso, seguí pensando en Rosa, sólo en sus labios, en su cuerpo no, en su cuerpo nunca.

—Errrrrrnnnesto, Errrrrrnnnnnesto —oí que muy quedo me decía Juanito—, ¿en qué piensas?

—En nada —le dije y me llevé el dedo índice a la

boca para invitarlo a callar. Él volvió a sonreír y luego se quedó viendo largamente una planta de sombra que adornaba la antesala de la Dirección. Le di la espalda y me fui perdiendo por un mundo de imágenes donde Rosa caminaba conmigo, donde Rosa platicaba conmigo, donde Rosa escribía en su cuaderno la inicial de mi nombre y la encerraba en un corazón.

Desde ese día, para evitarme problemas, decidí no mirar a Rosa en la clase; pero, a cambio, comencé a llegar muy temprano a la escuela para verla venir, y a pasarme el recreo en un punto estratégico de la escalera desde donde pudiera verla y, simultáneamente, escapar de los pelotazos, y todavía, cuando las clases terminaban, me iba caminando detrás de ella a cierta distancia dos o tres calles que luego tenía que desandar para volver a mi casa.

Y entre tanto, Juanito se volvía mi amigo. Yo me sentía mal con él, pero no por las nuevas burlas que su amistad me causaba, sino por haber sido tan cobarde, tan poco cuate, la vez que nos habían mandado con el director. Una tarde lo visité en su casa para ayudarlo con la tarea. Fue un acontecimiento para él y para su papá, que estaba tan agradecido que no paraba de ofrecerme cosas: papitas, refrescos, galletas y hasta un chocolate batido que le quedó muy

bueno; sabía muy bien su oficio de lonchero.

“Eres mi amigo, mi amigo”, decía Juanito y a mí, la verdad, su insistencia me fastidiaba, pues, aunque tampoco yo tenía amigos, sabía pasármela perfectamente solo y no necesitaba a nadie; bueno... necesitaba a Rosa.

Juanito era prácticamente normal, sólo un poco más lento y, como era muy nervioso y no podía hablar claramente, eso lo complicaba todo; pero con un poco más de tiempo entendía lo mismo que yo y, además, quería lo mismas cosas que yo. Esto último lo descubrí demasiado tarde. Por él, y más todavía por su papá, yo hubiera podido mudarme a vivir a su casa. Era —¿cómo decirlo?— empalagoso; era como las moscas que no se quitan y están vuelta y vuelta sobre uno. Compartía conmigo todo lo que tenía: juegos, libros, discos; todo me lo quería prestar: me decía: “Llévvvvvatelo”, y yo, en cambio, lo único que tenía: mi tiempo, no deseaba dárselo a él.

En la secundaria y en el barrio comenzaron a formarse las parejas de novios; los amigos eran para ir con ellos a una plaza comercial y regresar cada quien mejor acompañado; así le hacían todos, bueno casi todos, pues el tonto y el gordo que éramos Juanito y yo no regresábamos con nadie, porque ni siquiera íbamos a ningún lado. Estudiar en su casa o ver jun-

tos la tele toda la tarde no se parecía a lo que yo soñaba.

Yo soñaba con Rosa, y si me aprendí con Juanito todas las capitales del mundo no fue para quitarme de encima al profesor de geografía ni para impresionar a nadie, ni siquiera a Rosa, sino para que no volvieran a pararme en medio del salón: fue para que Rosa no pudiera verme en toda mi vergonzosa gordura. Aunque supongo que ya me había visto seguirla y espiarla, porque un día me sonrió, se sonrió conmigo; terminaba el recreo y al entrar en el salón nuestros hombros se rozaron: levanté los ojos; ahí estaban los ojos de Rosa y sus labios, sus labios endulzados por una sonrisa para mí. Esa vez, no sé cómo llegué a mi casa ni qué ocurrió antes de que mi mamá dijera que hacía media hora que se estaba enfriando la sopa y que me apurara, porque teníamos que ir al Centro de compras.

Me había sonreído y eso lo componía todo: una sonrisa de Rosa y ya no me fastidiaba acompañar a mi madre de una tienda a otra, ni me preocupaban los de tercero o El Boxer. Al día siguiente me levanté feliz para ir a la secundaria, tan feliz que mi mamá me sermoneó durante el desayuno porque estaba segura de que tramaba irme de pinta o algo peor.

—Te juro que no, mamá —le dije y salí corriendo

sin la mochila. Me gritó cuando iba a media cuadra y entonces volví para que me diera un beso, recoger mis cosas y para que le prometiera que me iría derecho a la escuela, y claro que me fui derecho, aunque ese día fue el más triste de mi vida pues Rosa no llegó. No llegó y yo me quedé esperándola en el balcón del tercer piso de la secundaria. Tocaron la chicharra, cada grupo se metió a su salón y yo me senté en el suelo con la cara pegada a los barrotes del barandal viendo a la calle, hasta que pensé que Rosa, tal vez, había llegado antes que yo y ya estaba en el salón y bajé corriendo al segundo piso: la puerta estaba cerrada y la maestra de inglés hacía que todos repitieran la conjugación del verbo *to be*. No podía entrar tarde. Estaba prohibido. Tampoco podía quedarme en el pasillo. Estaba prohibido. Todo estaba prohibido. Pensé en la azotea, pensé en los baños y decidí pararme en el centro del patio con los brazos extendidos como si estuviera castigado y esperar ahí a que fuera la hora del recreo para perderme entre los demás, y el truco resultó: al prefecto mi presencia no le llamó especialmente la atención. Qué día más vacío.

—Crrreí que nno habías venido —me dijo Juanito cuando entré en el salón a medio recreo.

—No. Sí vine. Luego te cuento.

—Tammmpoco vino Rosita.

—Yo sí vine —dije de manera cortante, pues me había chocado que le dijera “Rosita” a Rosa y que se fijara si venía o no venía, y me salí al patio: sentí un golpe seco, caí de rodillas y, otra vuelta: “Marrana, Marrana” y yo sin aire doblado en el suelo.

Me enfurecí, ya estaba cansado y, más que cansado, no me importaba nada. Reté al de tercero. Nunca le había dicho a nadie: “¡A la salida!” Al hacerlo me sentí liberado. El coro de “Marrana, Marrana” se ahogó en el silencio. Las horas siguientes fueron de hule: la primera larga, me dio tiempo incluso de prestar atención a lo que decía el maestro de matemáticas, la segunda fue corta, pensé en Rosa y me agarró el miedo, y la última duró sólo diez segundos, sólo cupo en ella un único pensamiento: evitar que Rosa volviera a oír que me decían Marrana. Con esa determinación salí a la calle, llegué al camellón de las peleas y a lo loco me le fui al de tercero. Le di varios golpes hasta que me asestó uno que me dejó inconsciente. Si no hubiera intervenido Juanito, tal vez lo habría hecho El Boxer, pero mucho después. Nunca supe cómo fue que Juanito impidió que el de tercero me siguiera pegando y me echara en la boca un puño de tierra como era su costumbre. Pero sí supe que había sido Juanito quien me había salvado y lo

llamé “amigo” cuando al fin pude pararme.

Qué extraño: los golpes no me habían dolido, en el fondo el de tercero ni siquiera era tan fuerte. Yo estaba mareado, es verdad, y las piernas se me doblaban, pero no era para tanto; eran peores los balonazos, esos sí me lastimaban, me hacían aullar y retorcerme. Apoyado en Juanito regresé a la puerta de la secundaria y ahí me acabé de reponer y al cabo de un rato hasta empezamos a reírnos, porque yo también le había dado lo suyo a ese desgraciado y me sentía feliz. Una tranquilidad que no conocía, una paz que ni siquiera sospechaba que pudiera haber se apoderaba de mí. Y comprendí la causa: era sencillamente que, en ese momento, no sentía miedo. Era la primera vez que no tenía miedo.

Regresé a mi casa con la cara hinchada y el uniforme roto; pero contento. No me importaron los regaños de mi madre y cuando a mi papá le dije: “Tuve que defenderme”, él lo comprendió y, sin decir más, asintió con la cabeza. La tarde fue mía: caminé hasta el parque y ahí, sentado en una banca, contemplé mis nudillos pelados y pintados de rojo por el mertiolate: me ardían. También me dolía la mandíbula: qué trancazo me había dado ese maldito; pero sonreí y, hasta ese momento, volví a acordarme de Rosa, sentí que me había ganado el derecho

de pensar en ella; que de alguna forma era más digno de soñar con ella.

Sin embargo, nada mejoró en la secundaria... bueno sí: me molestaban menos; pero Rosa no me había vuelto a sonreír, y eso que comencé a seguirla hasta su casa, a caminar tras ella las siete cuadras que ella caminaba y que luego, cuando me regresaba... qué largas, qué interminables eran. Llegaba vacío y exhausto a mi rumbo, a mi casa, a mi plato de sopa que se enfriaba delante de mí.

Pasaban las semanas y nada pasaba hasta que un día encontré a Juanito platicando con Rosa en el salón. Yo la había buscado por toda la escuela durante el recreo y ella estaba ahí hablando con Juanito, encantada con quien se decía mi amigo. Ni siquiera se fijaron en que había llegado: platicaban como si no hubiera nadie más en el mundo: ella apoyaba su mano en el antebrazo de Juanito y le sonreía, le hablaba, parecía feliz. Di media vuelta y salí corriendo: fui a esconderme al baño, ya no regresé al resto de las clases ni por mi mochila. En cuanto tocaron la chicharra y abrieron la reja del infierno me fui caminando hacia mi casa, me encerré en mi cuarto y ni las amenazas de mi padre me hicieron abrir la boca para comer o para explicar qué me pasaba.

—Imbécil, retrasado mental —como le decían

todos, así le dije yo cuando volví a verlo.

—Errrnnesto, ¿qué te pasa? ¿porrrr qqqué me dices...?

—¡Retrasado mental! —repetí a gritos y todos en la escuela se unieron a mi burla. Juanito se escondió en el salón y hasta ahí lo seguimos. No nos cansábamos de gritarle desde la puerta del salón: “¡Idiota!” “¡Idiota!”.

—¡Ya déjenlo! —intervino Rosa, y yo me le planté delante:

—¡Tú no te metas, Tetona! —Ella me clavó una mirada de odio y me soltó una bofetada que hizo retroceder a todos, que hizo que todos regresaran al patio muertos de risa.

Dejé de ir a la secundaria durante unos días y el lunes siguiente, cuando por fin volví, me encontré con un moño negro sobre la reja. Juanito había saltado desde el tercer piso y se había estrellado de cabeza en el patio.

Zaima

Leticia Herrera

Leticia Herrera Álvarez nació en Michoacán en 1954 y radica en el Distrito Federal desde niña. Hasta 2005, ha publicado 13 libros y dos *plaquettes* en los géneros de poesía, cuento, novela, guión cinematográfico y obra para niños. Es creadora del género *Chiribitas*, publicado originalmente en el suplemento sábado de *Unomásuno*.

Recibió una mención honorífica al Mejor Libro Infantil Ilustrado en la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (2000). *Como Chagall* obtuvo el primer lugar en el “III Concurso de Poesía da SCL-MA”, de Brasil (2004). En el género cuento, *Un globo en busca de libertad* fue Premio Nacional de Cuento para Niños Juan de la Cabada, INBA, (1989); *No voltees*, Premio de Cuento Brevísimo, Minificciones, revista *El cuento* (1999). En guionismo, *Cuando las luces se enciendan* (largometraje cinematográfico) mereció la beca del Banco de Guiones del STPC y la Sogem (1991). La adaptación de su cuento para niños *El país de las sombras*, en cortometraje para animación, recibió una mención honorífica por parte de Imcine, Canal 22 y Canal 11, entre otros (1995).

Cultiva además la crítica literaria y el ensayo, la crónica y el periodismo cultural. Coordina talleres para niños y adultos. En las artes plásticas, ha montado dos exposiciones individuales de pintura: *Retrospectiva Vital* y *Entre Cristo te ama y Huitzilopochtli te sacrifica*. Fue nombrada autora del año por la editorial Universum, de Italia, e incluida en *Globus*, antología internacional de poetas de fin de milenio (1999).

A dos cuadras de mi casa están construyendo un edificio. Yo vivo en un tercer piso y, mientras desayuno, puedo observar al grupo de albañiles que trabaja en ello. Sus figuras se afanan en rellenar con tabiques los cimientos que aún esperan por la edificación de un cuarto piso. Se desplazan por lo que es ahora la azotea y muy pronto será el suelo del último nivel. Así van ganado terreno en el horizonte urbano.

Antes, en ese sitio, mi mirada se iba hacia el vacío hasta encontrar los montes. Hoy se topa con ellos y da vértigo el ver que alguien pueda trabajar, sin protección alguna, en lo más alto. Puedo imaginar el frío que deben sentir al llegar y pienso que muy pronto tendrán calor por la actividad que realizan. Es hermoso ver sus figuras limpiamente recortadas contra el cielo, así, a la intemperie. Me pro-

duce un sentimiento de libertad que me devuelve a la adolescencia.

Las azoteas me gustaron siempre. Cuando tenía algún problema y necesitaba aislarme para pensar, subía a la azotea del edificio donde viví cuando niña. Era el más alto y hermoso de la zona. Desde ahí, a buena distancia, la realidad, al cabo de un rato, me parecía más clara. Algunas veces he vuelto y siempre ocurre igual.

Aquel día, hacía frío como hoy. Llevaba puesta una chamarra que me cubría, con su ancha y pesada caperuza, el cuello y las orejas. Era delicioso sentirse inmersa en ella y tener que moverse toscamente, impedida por su aparatoso volumen. Sentí mi rostro casi escondido en el marco del ribete peludo que tenía como adorno la caperuza, cuando me volví para atender la señal que alguien me enviaba desde el fondo del salón. En la banca más apartada, estaba Zaima, quien inclinó la barbilla hacia el pecho, llamándome. Cuando estuve cerca, mientras me miraba significativamente a los ojos, me ofreció un cuaderno que, intrigada, tomé. No imaginaba de qué podría tratarse. Una vez en mi lugar, salí de mi chamarra, la dejé en el respaldo del mesabanco y me dispuse a leer.

Era aún temprano. En el salón no había nadie más. Apenas hube avanzado las primeras páginas,

comprendí por qué, siempre que pensaba en Zaima la imaginaba vestida de negro, lo cual era imposible pues, invariablemente, debía llevar el uniforme de secundaria. Quizá era el misterio que la rodeaba, y la cabellera negra que cubría su espalda, lo que me hacía tener la sensación de no haber estado nunca totalmente en contacto con ella. Algo así como una presencia, más que un ser de carne y hueso, era Zaima para todos.

Hasta entonces, nadie había podido franquear su actitud reservada, y ahí estaba, al fin, revelándome, por voluntad propia, aquel secreto. En el cuaderno no encontré apuntes de ninguna materia, sino delicados poemas, escritos con la más cuidadosa caligrafía. Me volví para mirarla y nos sonreímos intensamente sintiéndonos cómplices. Aquello era la más grande prueba de confianza que hubiera podido darme. Quizá se complacía por ser la causante del sutil alboroto que, desde hacía un par de semanas, reinaba en el salón. Era buen tiempo aún, para llegar al fondo del enredo. Estábamos a un paso de rendir cuentas a la prefecta. El grupo terminaría de recuperarse por aquel abrupto cambio que había sufrido meses atrás, o caería, sin remedio, su impecable trayectoria curricular.

El grupo “D” había ganado fama de ser el mejor

portado de la escuela, lo cual no dejaba de ser comprometedor. Desanimaba para cualquier intento en contra. Para colmo, los maestros no perdían oportunidad de ponernos como ejemplo para toda la escuela. En 2º, las clases habían transcurrido sin que nadie mereciera ningún reporte, y bueno, portarnos bien, por lo demás, nos resultaba del todo natural. Éramos gente pacífica. Pero tal dicha no podía durar por siempre. La dificultad de mantener esa armonía se dio en el momento en que se decidió fundir a nuestro grupo con el grupo “E”, que se había distinguido exactamente por lo contrario. Aquellas niñas habían sido capaces de llegar a una batalla campal en la que, incluso, más de una había resultado expulsada. Así que las maestras buscaron la manera de equilibrar. El grupo “D” y el “E” fueron divididos. La mitad de nuestras compañeras debieron mudarse de salón, para dejar sus bancas a la mitad del tercero “E”, que llegó a unírse nos. Poco después, se daban los cargos al nuevo grupo mixto.

Al escuchar mi nombre, postulada como candidata para ocuparme de la disciplina, sufrí un vuelco que me nubló la vista por un momento. Lo asombroso era que me había propuesto Berenice, aquella robusta compañera, con quien jamás había tenido amistad. No sabía que le fuera tan simpática, pensé

desconcertada, y me volví, para mirarla con cierto agradecimiento. Entonces, algo sutil pareció estallar en mí, y un mareo me dejó como ausente. En una explosión de júbilo que rebasaba mi capacidad de recuperación, las manos se levantaron, para elegirme por unanimidad. Aquella euforia me hizo sentir amenazada, y mi reacción fue negar con la cabeza. Me oponía a la idea de ser una autoridad, y menos aún, la encargada de disciplina, pero la fuerza del grupo era tan franca, que me obligó a voltear para mirarlas, atraída por su júbilo. Era extraño —se aclaró mi mente—, me daba miedo asumir esa responsabilidad, pero, a la vez, la alegría del grupo me daba confianza en que tendría su apoyo. Quizá colaborarían conmigo y se entregarían a mi dirección, sin dificultad, reflexioné. Así, sus vitoreos terminaron por hacerme sonreír, y la maestra, hábilmente, aprovechó apenas ese mínimo gesto, para dar por concluida la votación. Mi cargo quedó confirmado. Me desplomé en mi asiento y cerré los ojos sonriendo. Temía lo que me esperaba. Aunque también, en lo más profundo, empecé a vislumbrar la experiencia como un estimulante reto. Supongo que aquellos pensamientos debieron dar a mis ojos un brillo intenso. Vendría ahora la elección de la encargada de aseo. El grupo seguía eufórico, levantando y bajando la mano,

mientras la maestra ponía palotes bajo los nombres de las candidatas –cuatro verticales, uno inclinado–, para hacer el conteo de los votos. Pero yo era incapaz ya de concentrarme en considerar a quién me gustaría más, y de mejor talante que a otras, mostrarle mis limpias uñas. A partir de ese momento, mi mente había dejado de estar en el salón y se ocupaba ya en imaginar la manera de mantener el orden en el nuevo grupo. Debía estar preparada, antes que los problemas dieran comienzo.

Pensé que lo mejor era atenuar la agresividad de las nuevas condiscípulas. No quería verme en la situación de llegar a reñir con ellas al tener que imponerme, así que empezaría por tratarlas con cautela, para ir las conociendo. Sonreí a una de ellas; más por miedo, que por otra cosa. Pero lo sorprendente fue que, al corresponder a mi gesto, empezó a generarse la sincera simpatía entre ambas. Así fui probando a sonreír, por turno, a cada una, como si no hubiera intención secreta en ello. Muy pronto me las había granjeado. Todo era cuestión de seguir sonriendo, pensé, y las tendría de mi lado.

En casa, yo había sido rebelde ante el autoritarismo de mis hermanas mayores, y estando a cargo del grupo, me supe incapaz de imponer el mismo clima de terror en el salón. Odiaba que ellas me subes-

timaran repitiendo, como en una cantaleta, lo que yo debía hacer. Así que, llegado el momento, pedí silencio y traté de explicarme por una primera y única vez.

Me daba cuenta de que el desorden, muchas veces, obedecía a que muy pocos sabían lo que había que hacer en ciertas situaciones. Por ejemplo, cuando el grupo debía moverse fuera del salón, o realizar alguna actividad extra, en medio de la rutina. Si las reglas de conducta, en esos casos, estaban puestas con claridad, pensé, y el grupo entero las obedecía, podríamos enfrentar cualquier eventualidad sin problemas. Así que tuve el buen tino de exponer cuidadosamente, sobre todo, los puntos que, en tales casos, causaban irritación en el profesorado. De esa manera, las hice mis cómplices forzadas, especialmente al hablarles de las consecuencias, buenas o malas, de descuidar esos puntos. Así, yo también marcaba mis propios límites, para moverme en una ruta segura. Supe que, de no hacerlo, correría el riesgo de sucumbir ante el deleite del poder. Podría empezar a reprenderlas cuando estuviera ociosa o de mal humor, como hacían conmigo mis hermanas. Jamás hubiera querido que mis compañeras me vieran de la misma manera, pues quería seguir siendo su amiga cuando terminara el año y ya no fuera más la encargada de disciplina. Así que tuve buen cuidado de ponerme límites, también a mí misma.

Si no atraíamos la atención sobre el grupo, tendríamos mayor libertad individual para actuar, las convencí. El ruido era punto clave. Había que evitarlo a toda costa, dentro y fuera del salón. Tal estrategia me ahorró trabajo, y se generó muy pronto una alianza entre nosotras. Sobre todo porque, en caso extremo, cuando debía amonestar a alguien, lo hacía de manera ocurrente y cordial. Evidenciaba, ante todas, la falta de alguna al acuerdo previo. Les recordaba que, una sola, podía perjudicar a todo el grupo, y entonces reaccionaban a favor, pues se sabían observadas en falta por el grupo entero.

Por ejemplo, decía: “Baja la voz, Maribel. ¿Acaso me han nombrado tu pilmama oficial?” Y todas se reían, por la gracia de mi gesto, que imprimía cierto tono evangelizador, y teatral, al decir aquello. Más tarde, jugaban a reprenderse entre sí, de igual manera. Lo curioso era que se quedaban quietas después. O bien, les decía: “No, preciosa, no puedes salir del salón”, y extendía lentamente mi brazo para impedirlo, mientras les sonreía, balanceando la cabeza y exagerando el gesto de regaño. Así, el grupo estaba atento, cada vez que yo abría la boca. A veces, jugaban a desafiarme sólo por ver de qué nueva forma las reprendía. Pero nunca se excedían, pues, llegado el momento, me tenían respeto. La indisciplinada que-

daba desarmada por mi juego, porque, en el fondo, imprimía a mi voz un matiz de seriedad. Ellas lo sabían, sólo fingían estar jugando y la latosa terminaba por ruborizarse y acataba las reglas voluntariamente, pero sin sentirse rechazada, agredida o amenazada.

Había logrado que el grupo se entregara a mi dirección de tal forma, que, en aquella etapa, me concedía ya el lujo de permitir que se transitara libremente por el salón, durante los escasos diez minutos de descanso, que teníamos como intervalo entre clases. La única condición era que no se empujaran al pasar por los estrechos pasillos. Que volviera, cada una, a ocupar su sitio rápidamente, sin tirar los útiles al pasar, en el momento de dar la indicación y que guardaran silencio. De esa manera, los maestros encontraban siempre a un grupo que los recibía, atento. Me alegraba poder ocuparme de mis lecciones, mientras tal ocurría, pero, ciertamente, por momentos, me sentía excluida del alboroto que, especialmente durante las dos últimas semanas, provocaba risas nerviosas en los pequeños grupos que se formaban cada vez.

No podía darme el lujo de jugar como ellas, pues debía mantenerme alerta. Conservaba una distancia conveniente, para salvaguardar mi autoridad, y las dejaba hacer, a prudente distancia, pero, en los

últimos días, llamaba mi atención, sobre todo, el que esos grupos no estuvieran formados por el número de amigas habituales a la hora del descanso de mediodía, sino que aglutinaran, lo mismo, a niñas de distintos subgrupos, siempre en torno a una hoja de papel que alguien leía en voz baja. Así, iba luego la hoja, de mano en mano, hasta ser reclamada, finalmente, por su dueña. Sólo podía tratarse de alguna secreta burla, pensé recelosa; quizá una burla a los maestros, o a las mismas alumnas encargadas del grupo, eso, o... poemas. Ahora Zaima confesaba, al fin, su participación en el asunto.

Días atrás, por una extraña y magnética intuición, mis manos habían detectado una hoja de papel, cuidadosamente doblada hasta volverla minúscula. Se encontraba atorada en el diminuto espacio libre entre la paleta de la banca y la estructura metálica que las unía. Se trataba de un poema, pero, curiosamente, éste no llevaba la firma de Zaima, sino de Mauricio.

¿Quién podía ser aquel Mauricio? ¿Cómo era? ¿Por qué dejaba ese poema en mi banca? Me inquietaba que alguien pudiera referirse a mis labios o a mis ojos, de esa manera tan íntima. ¿Quién podría haberme estado observando tan detenidamente, sin que yo me diera cuenta? ¿En qué momento? ¿A quién podría parecerle tan bella? La mirada se perdía de

soslayo en busca de respuestas, y quedaba un inquietante anhelo por descubrir al autor de aquellas exaltadas y dulces palabras. Cuando al fin me acerqué a preguntar a las alumnas qué leían en los descansos, llevaba ya la prueba conmigo.

Me había ganado su confianza, y hablaron sin problema. Algunas de ellas mantenían correspondencia anónima con los alumnos de la escuela vespertina. Se trataba sólo de un inocente juego.

Los géneros, en nuestro plantel, estaban divididos por turnos. En el matutino estábamos nosotras, y por la tarde, no en todos los salones, estudiaban los chicos. Nuestros padres habían preferido tal sistema, a la secundaria mixta, uno de cuyos planteles se encontraba, apenas, a espaldas del nuestro.

Aquel lejano contacto con los chicos despertaba fantasías, no sólo literarias, sino románticas, y la expectante emoción crecía, mientras se afirmaba la unión del grupo, con aquel secreto común que se iba abriendo. Nos sentíamos fuertes ante el profesorado. Llevábamos a cabo algo hermoso y prohibido y, en medio de todo aquello, mi actitud permisiva, pero cauta, daba seguridad a todas para hablarme con la verdad. Los maestros, por su parte, también confiaban en mí.

Me di cuenta de que, para entonces, había desa-

rrollado facultades que yo misma desconocía. Podía estar de ambos lados e intentar ser conciliadora. Es cierto que yo era una autoridad, pero también una alumna, después de todo. El riesgo de transitar de uno a otro de los bandos era algo emocionante. Un peligro que me mantenía alerta y me hacía sentir fuerte, capaz de intentar, cada vez, nuevas proezas. Después de todo, nada malo hacían, sino escribir poemas, podría argumentar, en caso de ser descubiertas. Esa era una posibilidad, calculé, mientras devolvía su cuaderno a Zaima. La otra... ser expulsada yo misma, por consentir la indisciplina del grupo. Sin embargo, tal riesgo me pareció, todavía, estimulante. Quería llegar hasta el límite de mis capacidades.

Durante la primera semana, aquello había sido el paraíso. Las alumnas llegaban cada día más temprano, inspeccionaban los más escondidos recovecos de las bancas y empezaba la fiesta. Se empezaron a traer libros de poesía y los textos eran transcritos fielmente, para ser firmados, luego, con seudónimos, en un divertido plagio que imitaba el de los chicos. Había sido un desencanto encontrar, en un libro, uno de aquellos poemas firmados por Mauricio atribuido a otro autor, y aquello había dado la licencia para hacer trampa, igual que ellos. Se celebraban, en

cambio, aquellos versos que, por sus defectos, eran reconocidos de inmediato como auténticos. Algunas se burlaban de la mala redacción, pero como expresaba sentimientos tan íntimos, muy pronto terminaban por disculpar las faltas. Para nuestro orgullo, en cambio, Zaima era capaz de escribir buenos poemas desde el principio y sin copiarle a nadie, y a ella acudían las aprendices de poeta, para que corrigiera sus textos. Así, los corrillos se formaban, y era hermoso acercarse a escuchar a cada grupo.

Los poemas más celebrados de los chicos eran aquellos que hablaban de la naturaleza y la comparaban con una muchacha hermosa. Inquietaba, por otra parte, el pensar que alguien deseara beberse a una muchacha que antes depositaba en una copa. Y que la representara, incluso, con un dibujo de líneas duras diminutas e incómodas, metida ahí. No podía imaginar cómo podría tragarla el poeta sin que se atorara. Definitivamente, aquello era feo.

Cinco o seis parejas literarias se habían formado ya, con la participación del grupo entero, y mantenían correspondencia regular. Lo que había empezado en una sola banca, se había ido extendiendo a otras y era un regocijo el ir descubriendo los puntos nuevos en que aparecían las misivas. El grupo entero hacía un recorrido, y cuando encontraba algo, lla-

maba a las demás para que fueran a leer con ella el nuevo mensaje. La que más suerte tenía era la que llegaba más temprano. Había que fijarse bien en qué banca lo habían encontrado para dejar ahí mismo la respuesta. Cada una fantaseaba después, estando a solas, sobre cómo debía ser, físicamente, su correspondiente, y ponía en él atributos a la medida de sus necesidades: el color de cabello, la estatura, el peso, e imaginaba escenas de idilio. A veces, como precaución, se anticipaban al desencanto e imaginaban que los muchachos eran horribles. Entonces, borraban algunas frases y ponían algo más conservador. Mientras tanto, los maestros explicaban la clase, muy satisfechos por nuestra buena conducta. Nunca se vieron rostros más felices para atender las clases, ni mentes más sumidas en profundas reflexiones. El único problema ahora, era la prefecta. Habría que rendirle cuentas de manera cauta, sin revelar nada que ella misma no supiera ya. Pero, ¿cómo hacer para averiguar qué tanto sabía? Ese era el nuevo reto.

La ceremonia de los lunes había transcurrido, hasta entonces, sin mayor contratiempo. El grupo entero se cuidaba de no atraer la atención de los maestros sobre sí, especialmente ahora que se protegía un secreto, por eso había sido una desagradable sorpresa el ser llamada por la prefecta, con la demanda de

dar una explicación sobre lo que había ocurrido durante la última ceremonia. Una chica del 3º “E” había ido a quejarse de alguna de nosotras.

Aquello me desconcertó. No era posible que me hubiera descuidado. Mi lugar era estratégico. Desde ahí podía vigilarlas a todas y estaba segura de que ninguna, especialmente, Irene, a quien acusaban, hubiera hecho nada malo.

Después de escucharme hablar en su defensa, la prefecta pidió una entrevista con el grupo entero. Aquello me intimidó, pues era prueba de que no había dado el suficiente crédito a mi testimonio en favor de Irene. Descalificaba así mi autoridad y aquello me hizo sentir tocada. Quizá tenía razón para desconfiar de mí, consideré poco después, ya insegura. ¿Habría sido una autoridad muy permisiva?, dudé. Tal vez había confiado de más, al creer que el aprecio por esta libertad que les concedía sería suficiente freno para evitar cualquier exceso. Yo cuidaba del grupo y sus intereses. Como respuesta lógica, esperaba de ellas que respetaran cabalmente los acuerdos y las normas, en señal de reciprocidad. Les había dado mi voto de confianza y, con ello, pretendía haberlas comprometido a actuar con responsabilidad. Las reglas habían estado explícitas desde el inicio, así que, de pie, frente a la prefecta, experimenté el apremio

por mantenerme coherente con esa trayectoria. Aún confiaba en la supuesta lealtad de aquel grupo y, por ello, para mi desgracia, me aventuré a expresar los más altos ideales de unión a los que un noble líder podría aspirar.

Maestra, dije, si va a castigar a Irene por lo que hizo, debe castigar al grupo entero, porque ella se comportó igual que todas, es decir: no hizo nada malo durante la ceremonia.

Esperé secretamente el momento de ver repetirse la primera aclamación en mi favor, pero el grupo, en cambio, mantuvo un preocupante e incómodo silencio que parecía prolongarse indefinidamente.

La maestra reaccionó con desconcierto, abrió mucho los ojos para mirarme por un instante, pero muy pronto recobró el aplomo y dijo:

—Muy bien, pues así será. El grupo entero tendrá un reporte.

Repuesta de la sorpresa, todavía alcancé a sentir cierto orgullo por mi valor, al arriesgar esa osada defensa del grupo. Estaba segura de que tan sólo nos ponía a prueba. Muy pronto, la prefecta sentiría miedo de tomar una medida tan drástica. Nos amonestaría, advirtiéndome que era la última vez que nos perdonaba y, con paso firme, saldría del salón, mientras todas nosotras pondríamos cara de circunstancia

y miraríamos al piso. Nos habríamos reído nerviosas, cuando ya no estuviera presente, y habríamos abanicado la barbilla sacudiendo los dedos por debajo de ella; nos morderíamos el labio inferior al hacer aquello, pero el grupo, de todas formas, habría tenido su llamado de atención y sentiría alivio al haberse salvado de una buena. Después de aquello, sería más fácil que nunca mantener la disciplina. Todo volvería muy pronto a la normalidad, confíe. Era sólo cuestión de medir nuestras fuerzas y esperar. Cuestión de tiempo y prueba de resistencia. Por lo demás, seguramente no había pruebas en contra de Irene. Se trataba tan sólo de un chisme. Quizá Irene le había contado de las cartas dejadas en las bancas y estaba celosa por no tener un amigo a quien escribirle.

Pero algo parecía no estar bien del todo. Creí escuchar que Beatriz, en voz baja, empezaba a balbucir un débil “no”, que se hacía cada vez más presente.

—¿Qué pasa, Beatriz? —inquirió la prefecta, mientras el grupo contenía el aliento.

—Yo no quiero que me reporten, maestra —respondió ella.

—Ni yo —secundó Mariana, con débil, pero firme voz.

Aquello fue un segundo y tercer golpe para mí.

—No era posible que el grupo no respondiera a

la altura; que dudara de mi plan. ¿No entendían lo que había detrás? Si lográbamos aquella victoria, seríamos muy fuertes y los maestros empezarían en verdad a respetarnos y a confiar en nosotras. No era posible que una sola murmuración llegada desde fuera nos pusiera en crisis. ¿Por qué defraudaban mi confianza de esa manera? Estaba segura de que, manteniéndonos unidas, la maestra se habría convencido de que decíamos la verdad y hubiera desistido de castigar a Irene. Por lo demás, mi defensa era legítima. Era cierto que ella nada malo había hecho.

—Bueno —dijo la prefecta, sin inmutarse, ya con cierto aire de impaciencia—, ¿qué hacemos? ¿Un reporte al grupo entero, o nada más a Irene?

Tal respuesta significaba una vergonzosa derrota para mí, mas consentir aquel castigo era aceptar una injusticia, y la rebeldía que ello me provocaba me mantenía, aún, inquebrantable.

Entonces, vagamente, advertí que quizá había dejado ir las cosas, lo suficientemente lejos como para volverme atrás sin sufrir una humillación pública. Ahora me vería obligada a sostener aquella defensa hasta sus últimas consecuencias, o a asumir una derrota personal, pues, para entonces, no sólo mi cargo, sino mis propios principios se habían puesto en juego.

—Maestra —dije, con voz suave, le pido algunos días para hablar entre nosotras y ponernos de acuerdo.

—Tienen una semana. El próximo lunes, después de la ceremonia, hablaremos —dijo, y abandonó el salón, con el mismo paso firme que yo había imaginado, pero de distinta manera.

Había que apresurarse. Al salir de clase, decidí que, por la tarde, visitaría a Beatriz y a Mariana, y pedí permiso en casa, argumentando una tarea grupal.

La casa de las hermanas era muy grande. Fue revelador ver cómo se comportaban fuera del ambiente escolar. Las dos niñas jugaban todo el tiempo, hacían bromas y reían tan desenfrenadamente que resultaba, al final, por demás divertido estar con ellas. Hacían mofa de todo. Su sarcasmo era tal, que terminé por celebrar su inteligencia y atrevimiento. Antes de que la tarde hubiera transcurrido del todo, no había quedado ya elemento sagrado alguno que no hubiera sido blanco de sus certeras observaciones para desacreditarlo. Se trataba, sin duda, de dos impertinentes, que no conocían aún las contradicciones de la vida, que, al final, llevan a todos al ridículo involuntario. Lo más divertido era presenciar el momento en que un adulto aparecía. Se transformaban de inmediato en dos cándidas adolescentes, incapaces de pronunciar palabra, de tanta timidez.

Pude entender perfectamente por qué las reportaban tan a menudo. Luego de recorrer la casa como micos, entre cabriolas y juegos, y llegar, al fin, a su cuarto, Beatriz me expuso en privado sus razones para negarse a recibir aquel reporte grupal. Había llegado con el grupo “E”, con un expediente ya comprometido desde la escuela anterior, de la cual había sido expulsada. Me reí, sin poder evitarlo. La tenían sentenciada. Un reporte más sería suficiente para que la expulsaran, esta vez, definitivamente. No podía darse el lujo de ser solidaria con Irene, pues sus padres habían amenazado con inscribirla en un internado, lo mismo que a su hermana, si aquello volvía a ocurrir. Mariana era mayor, pero había reprobado año, y ambas, ahora, podrían irse juntas, en el mismo grado, lejos de casa.

Bueno, calculé, mientras una punzada tocaba mi corazón: no eran malas niñas, sólo disfrutaban mucho estando juntas y tenían suficiente inteligencia para advertir que había mentiras entre los adultos. Me sorprendió cómo dos hermanas podían tener rostros tan distintos. La menor, de cara larga y cabello lacio, y la mayor, de cara redonda y cabello rizado, aunque las dos pelirrojas y pecosas, con ojos amiela-dos, siempre traviesos. Seguro que la más grande había reprobado a propósito para seguir jugando con su

hermana. Pero, a pesar de todo, tenían buenas razones para negarse a aceptar el reporte. No se trataba de deslealtad hacia mí y aquello me reconfortaba. La situación empezaba a complicarse y no se me ocurría un segundo plan.

Al día siguiente, en el salón, pedí al grupo que dijera lo que pensaba, cada una, al respecto. Era una lástima no poder continuar con la estrategia inicial; había que encontrar otra salida. Así, una y otra, fueron tomando la voz para explicar su situación individual, que, hasta entonces, había permanecido oculta al resto del grupo. Fue un momento crucial.

Durante los meses anteriores, el grupo se había mantenido en una suerte de anonimato. Si bien los reportes eran hechos en presencia de todos, muy pronto el grupo se olvidaba de ellos y seguía actuando con naturalidad. Ahora, por primera vez, sabíamos algo de las otras, así, en conjunto, y podíamos comparar quién de ellas se portaba mejor o peor. Era inquietante y amenazador abrirse ante el grupo, pero curiosamente, después de vencer el miedo, nos sentíamos más fuertes. De alguna manera sentíamos que descubríamos el mundo; que crecíamos.

Muchas del grupo “D” estaban dispuestas a apoyar a Irene, aunque no dejaban de sentir el tener que lastimar su impecable trayectoria, por algo que

no habían hecho. Aquello significaba perder la carta de buena conducta, que, por lo demás, no otorgaba cosa alguna sino prestigio y la seguridad para ser aceptada, sin problemas, en la ambicionada preparatoria. Algunas del grupo “E” tenían apenas un reporte y podían recibir uno más, aunque quedaban expuestas a que, en cualquier momento, llegara el tercero, y con él, la expulsión. No obstante, eran valientes y ofrecían aceptarlo como un desafío a la fortuna. Había otras chicas que guardaban silencio y, puestas como corderitas camino al matadero, una junto a la otra, sólo atinaban a mirarse en silencio, con ojos de pasmo, mientras escuchaban nuestras vivas exposiciones. Entre ellas, estaba Berenice, quien me había postulado. Era sorprendente la manera pasiva en que ahora se comportaba. Parecía que nada le afectara para bien, ni para mal. Seguramente, el postularme había sido el acto más atrevido de su vida. O quizá era prudente y se protegía. O sencillamente esperaba, confiada, a que el resto del grupo decidiera lo mejor. Sin duda, se uniría pasivamente a la mayoría, lo mismo si la decisión le era favorable que desfavorable, pues sabía acatar. Era claro que otras se abandonaban a la suerte, o al trágico destino que nadie podría cambiar. Seguramente rezaban por las noches y pedían que todo saliera bien, como única estrategia de protección.

Tres días más tarde, los descansos eran ya insuficientes para escuchar la opinión de cada una. Vino entonces la clase de biología. El lunes siguiente tendríamos que rendir cuentas a la prefecta. Durante el fin de semana realizaríamos el trabajo de equipo. La indicación era comprar un conejo. Eso alcancé a escuchar apenas, todavía sumida en mis reflexiones. De pronto, un destello de lucidez me permitió identificar aquella vaga incomodidad que de pronto me surgía y me puso sobre aviso de que las cosas habían extraviado del todo su rumbo inicial.

El grupo había expresado ya sus puntos de vista, revelando una diversidad sorprendente, que echaba por tierra aquella imagen ingenua de estar ante una masa compacta, sin historia personal, sin sentimientos ni albedrío propios, que se movía uniformemente ante la enérgica orden de los maestros. Aquella dinámica había resultado de tal forma fascinante, que, por disfrutarla, me había olvidado del asunto que propiciara los disturbios. Un giro en la ruta de mis pensamientos me hizo caer en la cuenta de que, hasta entonces, Irene actuaba con suma cautela, como si deseara hacerse invisible.

Curiosamente, la pregunta inicial que el grupo se formulara: “¿merece Irene un castigo?”, se había olvidado ya, y había sido sustituida por otra: “¿cómo sal-

var a Irene de un castigo?” Pero, ¿merecía realmente Irene ser defendida? Aquella era la oportunidad de preguntarle qué pensaba al respecto. ¿Era posible que hubiese sobrevalorado mi percepción de la cosas? Irene parecía completamente indiferente a todo.

¿Cómo confiar en mis sentidos, si me han hecho creer que la vara se quebraba al entrar en el agua, sin que fuera cierto?”, me había atrevido a dudar, al toparme con la oportuna cita de un filósofo, como si fuese el regalo preciso que algún espíritu protector me enviara, para alertarme.

Era una fortuna tener el recurso de aquellas lecturas fuera de clase, pues me daban elementos que, quizá, las demás no tenían, confié.

Por lo demás, empezaba a presentir una traición oculta, sin que alcanzara a percibir su origen.

El grupo entero se había afanado en buscar la manera de apoyar, ciegamente, a Irene, pero de ella, curiosamente, no se había escuchado ni una opinión, primero, porque yo no lo había considerado necesario, confiada como estaba en mi percepción de las cosas; y después, porque tampoco ella, en medio del enredo, había pedido jamás un espacio para expresarse. Tan sólo había dejado que el grupo deliberara, ya no sólo sobre ella, sino sobre aquel reporte general que, quizá de manera demasiado optimista, yo había

propuesto. Durante la última semana, todos nos debatíamos en su favor; al menos eso debía moverle a gratitud, pensé. Así que decidí formar equipo con Irene, y juntas fuimos a comprar el conejo.

En la veterinaria, me dejó que lo eligiera y escogí el más hermoso, el más tierno, el de ojos más rojos, el más dulce, el más pequeño. El tacto suave de su pelo blanquísimo me recordaba el ribete de la chamarra que llevaba puesta.

La casa de Irene era grande. Cruzamos el patio y llegamos a una suerte de estudio donde había una mesa. Irene sacó el conejo de la jaula y, deteniéndolo, me pidió que pusiera el algodón humedecido en su nariz. Muy pronto, para mi sorpresa, el animalito se había dormido.

Sabía bien que mi gusto por la literatura era, en cambio, debilidad en el campo de las ciencias y, por eso, había dejado que Irene —quien, por otra parte, repetía año y conocía de sobra aquella clase—, dirigiera la acción. Irene tenía preparado ya un bisturí. Me lo ofreció y pidió que cortara la piel del conejo, a partir del cuello, en dirección al vientre. Estaba desconcertada. No sabía hacia dónde podría llevarnos aquella acción, pero seguí las instrucciones, sin hacer pregunta alguna, dominada por la seguridad con que Irene me daba las instrucciones. Todo debía ser

rápido, me urgía, antes de que el efecto del formol pasara. Así que corté la piel que, curiosamente, me pareció demasiado frágil y delgada. Me pidió luego que separara las dos partes, y ante mis ojos, vi aparecer, en un perfecto e inquietante orden, las vísceras del conejo. Ahí estaban los pulmones, el estómago, los intestinos, el corazón.

—¿Quieres sacarlos? —preguntó, conteniendo el aliento.

—¿Para qué?

—Para abrirlos y ver cómo son.

—No —dije, impresionada e intranquila.

—¿Y ahora, qué viene? —pregunté, en espera de que aquel acto revelara su verdadero sentido.

—¡Ya —dijo Irene— eso es todo!

—¿Cómo?

—¿Y ahora cómo lo despertamos? —pregunté impaciente, como si se tratara de una obviada.

Estaba ansiosa por el feliz final, en que vería de nuevo saltar al conejito. Le habíamos expuesto las vísceras, como pedía la maestra, pero, lo mismo, había visto siempre, con cierto asco, cómo eran los órganos internos de un pollo y con eso me bastaba. Algo más debía prometer aquella clase, como para ir especialmente en busca de un conejo. Seguramente ahora descubriría la manera en que se despertaba de una

operación. ¿Dónde estaba el hilo de sutura? ¿Con qué sustancia lo devolveríamos a la vida?

Todavía, mientras esperaba la respuesta, de algún lugar recóndito busqué asirme, para tranquilizarme y convencerme de que la operación había resultado, en cierto modo, interesante; aunque algo cada vez más presente en mi fuero interno, algo muy parecido a las ganas de llorar, me hacía sentir, con creciente seguridad, que había llevado a cabo un acto infame, del cual jamás hubiera sido capaz por iniciativa propia y por el cual empezaba ya a arrepentirme.

—Ya no se puede —dijo Irene con frialdad.

—¿Qué? —pregunté aturdida.

—Ya no va a revivir; le pusimos demasiada cantidad de formol.

Aquello fue un golpe en la nuca. Bajo su dirección, había matado a un indefenso conejo, mientras ella se mantenía pasiva todo el tiempo, sabiendo, con plena conciencia, lo que me urgía a hacer.

¿Cómo había podido, la maestra, pedirnos aquello? ¿Por qué no nos había advertido del resultado? Ante mis ojos, la maestra, lo mismo que la, hasta entonces, buena Irene, a quien había defendido incondicionalmente, aparecieron como seres siniestros. Algo pasaba: o todos eran perversos, o yo era una simple ingenua que no sabía ver la realidad.

—Creí que ya sabías —dijo con indiferencia y fue en busca de un periódico para envolver el conejo.

Sentía las manos sucias y la desesperación de quien ha cometido un crimen.

—¿Y por qué me dejaste hacerlo todo sola?

—Para que aprendieras —fue la respuesta—. A mí me hicieron lo mismo el año pasado, y tampoco me gustó —dijo con mirada exangüe, y cierto orgullo malsano.

¿Por qué había hecho aquello? ¿No decía la religión católica que no debías hacer a otro lo que no desearas para ti? Debía haberme advertido de lo que ocurriría.

—No soy católica —fue la respuesta.

Entonces, de algún lugar recóndito, apareció una fuerza desconocida que me llevó a preguntar, con tal firmeza, que hizo responder de inmediato a Irene, dócilmente.

—¿Por qué te acusó Silvia con la prefecta?

Muy pronto supe la historia completa. El intercambio de cartas con el turno vespertino se había iniciado en el 3º “E”, un año atrás. No había pasado mucho tiempo antes que los corresponsales empezaran a hacerse preguntas directas, hasta que alguien encontró necesario conocer a aquellos chicos. Nadie podía advertirlo, aseguraba Silvia, convenciendo así, a otras,

de seguirla. Sería un encuentro natural y en presencia de toda la escuela. Después de todo, a la hora en que nosotras salíamos de clases, ellos entraban. Sólo había que precisar la hora exacta en que debían aparecer, por la esquina norte, del lado poniente; cuántos chicos vendrían juntos y el distintivo que debían llevar. Los muchachos de la tarde no usaban uniforme. ¿Qué edad podrían tener? Algunos eran señores, dijo. Uno de ellos le obsequió a Silvia marihuana, semanas después, que desde entonces compartió con Irene y otras chicas del 3º “E”.

—Me acusó con la prefecta porque no quise probar otras drogas —dijo al fin—, pero es que me desmayé y vomité negro, muy feo, y mis papás se iban a dar cuenta.

Quise largarme cuanto antes de ahí. Estaba horrorizada y sentí miedo.

Aquella tarde subí a la azotea y, en el rincón más apartado, lloré. La ciudad ofrecía una panorámica espléndida, pero mis ojos nublados no celebraban los celajes del atardecer. Haciendo un examen de conciencia, tuve que admitir que, en el fondo, había actuado por egoísmo, al defender a Irene. En lo más profundo, quizá buscaba, como me habían enseñado en casa, ser buena ante los ojos de Dios y recibir, algún día, su recompensa. Hacer el bien sin mirar a

quién, era una norma conocida para nosotros. Tuve que admitir que, por salvar a una, confiada totalmente en la supuesta superioridad de mis principios, sin quererlo, había puesto en peligro al grupo entero, y empezaba a lamentarlo. Cuando bajé de la azotea empezaba la noche.

“Fuenteovejuna, Señor”, decían los campesinos, desde la pantalla del televisor que veía mi padre, para esconder, entre la masa, al pastor perseguido por el comendador, que recababa los injustos impuestos a todo el pueblo.

Fingí haber llegado apenas de la casa de Irene; le di un beso a mi padre y fui directo a mi cuarto para sumirme en un sueño profundo que duró hasta el mediodía siguiente. Para entonces, pensaba ya que aquella unión que yo esperaba del grupo era tan sólo posible en sociedades primitivas, en las cuales todos pensaban de igual manera y se defendían de un enemigo común, y aún en ellas –consideré–, las pasiones humanas habían sido siempre motivo de controversia y de guerra.

Entonces comprendí que la desdicha tiene distintos efectos en las personas. Hay quien se identifica con los que sufren la misma desgracia y se vuelven más humanos y conscientes, y quienes, en cambio, se identifican con los transgresores y buscan descar-

gar su ira imitando sus faltas como una venganza justiciera y equivocada, hacia la vida misma. Hay quien parece morir por dentro, como Irene, y no intenta recuperarse a sí mismo para el bien, responden ya con indiferencia a todo, por no esforzarse en encontrar una solución. Hay quienes se dejan arrastrar por otros, por miedo a hablar. Quienes no participan por temor a ser escuchados. Quienes evaden comprometerse y buscan a otros para que hagan el trabajo difícil.

Aquella mañana, después de la ceremonia, pedí una disculpa al grupo, por haberlo puesto en riesgo, y me eximí a mí misma de un reporte, pues la experiencia había resultado, a fin de cuentas, aleccionadora para todas. Luego, pedí hablar a solas con la prefecta para explicarle lo que ocurría. Hasta ahí llegaba mi responsabilidad. Después, seguramente, habría que advertir al grupo entero de los riesgos que se corrían. Nadie quería tener que llevar a un hospital a una de nosotras, como había ocurrido a los padres de Irene; ni se deseaba que la policía entrara en nuestra escuela en busca de proveedores o consumidores de droga.

Irene abandonó el salón. Se llamó también a Silvia, en el salón del 3º “E”.

Cuando vino la clase de biología y nos pidió la maestra el resultado del ejercicio, pedí vehementemente que se eliminara del programa de estudios

aquel acto de barbarie y protesté dolida, por no advertirnos de que se mataría a un indefenso conejo tan sólo para curiosear entre sus vísceras.

Sé que Adela, la compañera con más aplomo, definió en ese momento su vocación de doctora en medicina, pero yo no he podido recuperarme aún de aquel suceso.

No sé qué es lo mejor, ni si existe una regla única que beneficie a todos, sólo sé que Zaima escribía poemas y que yo necesito, ahora, leer alguno.

Hoy me pregunto por qué escala de valores debemos regirnos: principios, leyes, dogmas, o virtudes humanas. Mi abuela es la persona más sabia que conozco y se inclina por las últimas, cree que son lo más universal: el respeto a la dignidad, al derecho del otro, la retribución y el reconocimiento al bien recibido, la verdad... pero, ¿y qué, cuando lo que es una virtud lo determinan las leyes, los dogmas y las costumbres de diferentes pueblos que conviven en un mismo territorio?, ¿qué, cuando las autoridades tampoco encuentran la solución?

Para quienes hicieron el programa de estudios, matar un conejo era algo bueno y conveniente.

Sé que muchos están en problemas y necesitan ayuda, pero sé que otros muchos utilizan nuestra buena fe como debilidad para manipularnos.

Hoy, los albañiles han colocado los tinacos del edificio nuevo. Desde mi mesa, mientras desayuno, puedo verlos con un magnífico cielo a sus espaldas que les confiere un carácter épico. Entonces, los observo y pienso que la aventura humana sigue construyéndose día a día y que todos habitaremos un edificio que podría mantenerse en pie, o caer, si está mal construido.

Y a veces, recuerdo a Zaima, quien mantuvo la calma, como siempre, durante aquel suceso. Ella no hizo mal a nadie y embelleció la vida de todos con sus poemas. Entonces doy gracias, por no haberme dotado la vida con la capacidad de sentir alegría por el dolor de otros.

De las cosas que se recortan contra el cielo: las puntas de los edificios, las nubes o los pájaros, lo que más me gusta contemplar es el cielo. Hoy subiré a la azotea y, desde ahí, lo contemplaré sin obstáculos. Luego, sé que podré bajar y mezclarme con todos, sin saber quiénes son. En la sala de un cine, en un concierto, me mezclaré con todos. Y desearé que el viejo desafío de la convivencia pacífica entre gente distinta se sostenga cada vez de mejor manera, de manera más justa.

Ay abuelo, qué chistoso hablas

Rafael Ramírez Heredia

Rafael Ramírez Heredia es autor de más de 40 libros en diversos géneros literarios, entre los que destacan *El Rayo Macoy* (1984), con el que ganó el premio Juan Rulfo de París al mejor cuento del mundo en lengua española; *Al calor de Campeche* (1992), Premio Sogem y Procuraduría del Distrito Federal; *Con M de Marilyn* (1997), Premio Impac y Estado de Nuevo León; *La Mara* (2004), Premio de la Crítica al mejor libro extranjero de 2004 en Santiago de Chile, y recientemente el Premio Dashiell Hammett a la mejor novela en la semana de Novela Negra en Gijón, España. Su novela más reciente es *El Mestizo de Salgari* (2005).

Ha recorrido casi todos los estados del país impartiendo talleres literarios. Además de México, esta labor es muy apreciada en España, el Caribe, Centro y Sudamérica.

Su obra se ha traducido a varios idiomas y publicado en una decena de países. También ha recibido más de 20 premios nacionales e internacionales.

Uno de los principales elementos de la literatura de Rafael Ramírez Heredia es el recurso de la palabra para crear atmósferas y personajes. “En la literatura, lo más fuerte es el lenguaje, que hace sentir el olor, el sabor y el ruido del lugar del que se habla”, afirma este viajero incansable que ha logrado plasmar en cada uno de sus relatos el testimonio de su tiempo.

Ellas son tres, diferentes, precisas, con diversos matices en su mirada, distintas en su tono de piel, en su sonrisa, en su forma de seguir mis palabras; son tres y al mismo tiempo son parte de mí, son la extensión de mi vida; no quiero mencionar eso, suena dramático, old fashion, tiene tintes de bolero humoso; si con esas palabras lo expresara, seguro que las tres se echarían de carcajadas:

—Ay abuelo, qué chistoso hablas.

Con esas o con otras palabras que hagan sentir lo mismo, así las siento, así las percibo, así rondan mis tiempos, niñas lindas de diversas edades: Regina tiene nueve años, Renata de siete y Luciana apenas seis, escalera de épocas, luces a las que aún les falta subir la intensidad de sus reflejos, son tres y son como parte de mis manos, de mi ritmo que suena distinto cuando ellas llegan a casa, y esto es frecuente; sus

madres, mis hijas, siguen travesando a descubrir su existencia: una va y viene por territorios que supone dominados, y la otra busca encontrar su voz, pero esas mis hijas ya adquirieron su ticket de vida, no así sus retoños, mis nietecillas que apenas van cruzando las edades; frente a mí, las tres no son reflejo de mis hijas, sino ellas mismas tan distintas como flores distintas, tan dulces como amaneceres junto al mar que llevo dentro, y como las ondas de un verano que cada día se aleja más de mi puerta.

Desde mi mecedora, bajo la higuera del jardín trasero, las veo jugar, las tres se desplazan como si estuvieran haciendo gala de su personalidad: Regina, de labios carnosos y bello rostro, es reflexiva, sensible; Renata, contestataria, en verdad amorosa bajo ese débil disfraz que trasluce el azul de su mirada; Luciana utiliza sus muchos recursos coquetos, desplaza sus enormes ojos de pestañas sin freno. Las dos mayores, que llevan la inicial R en su nombre, son hermanas; la tercera, Luciana, es hija única; las tres se quieren, comparten juguetes y tiempo; amo a esa trilogía de risas, de dulzuras, de gritos y de inventos y de ruidos, y ellas quizá me quieran como se les quiere a los abuelos: con tristeza, con alivio, con sorpresa al ver que esos abuelos, siendo los padres de sus padres, no tienen el peso de los padres, como si

las sobras del amor fueran su terreno dentro de una delicada lejanía que al fin las distancias en el tiempo lo permiten.

Son mis tres sin serlo, sentido de una posesión inexacta pero hermosa, mis tres aunque esta tarde a mis nietas se les sumará la presencia de alguna de sus otras primas, hijas de sus tías o de sus tíos, quizá el número aumente con algunos amiguitos y entre todos festejarán una tarde de vacaciones, sólo eso, porque un festejo para los chicos no requiere de más pretextos que una piñata y unas serpentinas y unas pelotas coloridas y unas máscaras que sugieran miedos o aventuras, o unos vestidos que convaliden sus reinados de princesas adornadas de joyas coloridas y tiaras apenas sostenidas antes de perderse entre otros objetos; para qué más, para qué buscar el pretexto inútil en la tarde de una ciudad que se nota tranquila, como si también se aprestara a participar en el festejo próximo, y siento que será una jornada con los chiquillos en el mismo sitio en que en otros años mis hijas también jugaron, como por supuesto mucho antes lo hice yo y mi hermano, y no digamos que así sucedió con mi padre, el hombre delgado cuyo retrato está sobre uno de los libreros en mi estudio, que desde aquí miro en la altura del segundo piso de la casa, y cierro los ojos para que en un

juego de magia y de cerrazón de tiempos pueda al mismo instante captar la figura de mi padre y ésta se envuelva entre las risas de mis nietas que juegan bajo la sombra de un jardín enclavado en la mitad de una ciudad que, eléctrica y brava, se niega a morir por decreto o por abandono.

A mi pregunta, las tres enciman la contestación que suena como reunión pajarera entre las hojas:

—Los primos que van a venir sonnnn ... Fernando yyyyy Jerónimo —dice Regina, acompleta su hermana Renata, tertia la prima Luciana.

Los invitados sonnnnn:

—Poncho —indica Luciana.

—Mauricio —se apresura a gritar Renata.

—Claudia y Marisa son las otras niñas —con voz serena informa Regina.

—¿Nadie más? —pregunto.

—Nadie —entre risas informan las tres voces de mis nietas.

—Nadie —y siguen riendo a sabiendas de que ya conté el número de invitados— y no te van a dejar dormir la siesta —canturrean de nuevo las tres voces delgadas, limpias, felices, y entonces dicen otros nombres que yo intuyo inventados y que las tres lo saben, pero aceptan jugar a una ficción que las distrae por unos minutos:

—Uh, abuelo, van a ser como mil amiguitos —y se ríen de nuevo al ver cómo finjo un terror que en verdad no finjo.

—¿Y todos van a platicar sin interrumpirse?

—Si no hay gritos, no tiene chiste, abuelo —dice Regina parando la boquita, con esa mirada entre retadora y huidiza. Renata, en jarras y alborotando las guedejas rubias, la secunda. Luciana hace un mohín de fingido enojo y se mete entre sus primas. Las tres se protegen, se apoyan.

—Los gritos sirven para alegrar la sordera, pero no para armar los juegos —ellas me miran con atención— en medio de la gritería nadie se entiende, ¿no creen? —insisto— Imagínense, tres diciendo que deben jugar a la escuelita, dos que mejor vayan a brincar a los inflables, otros tres que nada de eso sirve, que mejor jueguen con los disfraces de las galaxias, y unos más queriendo que se arme una corte donde todos sean reyes y princesas; pues no se puede, ¿verdad? —les digo mientras acaricio sus cabezas.

—Princesas, princesas, princesas —a coro repiten las tres, se ríen con mi risa, insisten en su preferencia en los juegos, yo a mi vez coreo:

—Escuelita, escuelita —les respondo, retándolas con la posibilidad de otro juego al que ellas prefieren, las chicas se echan sobre mí y me revuelven el

cabello, entonces me levanto y sin perder el ánimo, porque además estoy feliz de compartir con mis nietas sin que sus madres estén por ahí, les digo:

—A gritos nadie se pone de acuerdo, el que grita más no es el que tiene la razón, primero vamos a ponernos de acuerdo.

—¿Y tú no estabas gritando eso de la escuelita? —a coro me reclaman.

—Sí, pero no debí hacerlo —y las tres ponen cara sapiente—, lo acepto.

Los gritos que provienen de la puerta de la calle cambian el sentido de la conversación:

—Es Jorge —dice Renata.

—Y Jerónimo —señala Luciana.

—También Jimena —remata Regina.

—Uf, los hombres siempre quieren jugar a las guerras —Regina señala los disfraces galácticos que presumen los dos niños: uno como de nueve años y el otro de siete, hijos de la tía Brenda.

—Yo no —dice Jerónimo— a mí me gusta brincar en el tomly.

—Y a mí ser Barbie —grita Jimenita.

Unos a las guerras, otros a la escuelita, aquellos al tomly, éste a ser personaje de las galaxias, aquellas a ser princesas, las otras a ser bailarinas, las que van a venir seguro quieren ser modelos o artistas de

televisión o cantantes; de los chavos no faltará quien quiera ser de los cuatro fantásticos.

—¿Ya ven por qué mejor me voy a dormir la siesta? —les digo entre risas.

—Yo quiero ser Barney —dice Jorgito, chiquillo de mirada incisiva, de movimientos nerviosos.

—¿Barney, Jorgito? —le pregunto al pequeño; después a media voz digo:— Vaya, lo que nos faltaba, un antiestético dinosaurio y además de color rosa —ahora lo digo en voz alta fingiendo molestia que en realidad sí tengo— ¿por qué los niños de ahora juegan con animales y juguetes que además de espantosos son de otros lugares, en especial los inventados para los niños yanquis? Vaya con el horrendo animal color rosa —finalizo, más bien, creo finalizar.

—Pink, abuelo —me corrige Renata sin levantar la cabeza del papel en donde dibuja rayas rojas y verdes.

—¿Pink?, ¿no sabes decir color de rosa? —Regina le hace señas a los demás y se ríen.

—Ay abuelo, qué chistoso eres —habla Renata sin dejar de dibujar, como si la presencia de los demás no le interesara.

Pidiendo unos minutos para darle tiempo a los demás invitados, Conchis se acerca a organizar los juegos, mientras, rodeada de los niños y niñas, la veo

hablar con ellos, les dice que entre primos no debe haber pleitos, que cada quien tiene sus gustos y que a la hora de jugar se elegirá algo que les guste a todos.

Y ahí, entre el revuelo porque los hermanos Jorge y Jerónimo dicen que primero comiencen con el show de Barney; Luciana y Regina se inclinan porque sea un desfile de princesas; Renata que se arme un concurso de pintura; Jimena que cada quien disfrace a su muñeca, cuando se oyen otras voces y distingo a Poncho, a María y a José, hijos del tío Alfonso, también llegan Fernando y Mariana, hijos del tío Mauricio.

Uf –me digo–, esto a cada momento se pone más lleno –me río gozando la alegría de mis tres nietas.

Conchis, en su papel de abuela dirige los juegos, mi esposa desde lejos me mira, conozco su sonrisa, lo feliz que se siente de estar imbuida entre sus nietas y su montón de sobrinos nietos, levanta los ojos claros y me hace un guiño, no necesito decirle cuánto la quiero, ella lo sabe y giro el rostro para ver la entrada de otras niñas, las hermanas Marisa y Claudia la mayor, rubitas. Claudia trata de imponer sus gustos en lo que se debe jugar y entonces se arma el griterío.

Yo intervengo, mucho quiero a Claudia, pero no voy a dejar que se imponga sólo por ser la mayor, así que Conchis le propone:

—Aquellos que canten más fuerte van a elegir el primer juego de la tarde, pero primero tienen que decidirse por uno en especial: los que estén por jugar a los reyes y las princesas que canten “La patita”, uno, dos y tres —cuenta y yo a mi vez marco el tiempo de la canción.

Y ésta entra en los gritos de los niños que danzan en mi jardín, a la vez me recuerdan mis días de niño, con su letra llega mi abuela Carito, la tía Amalia, las calles de mi barrio, el aire limpio de la ciudad, me siento otra vez meciéndome en el columpio o subido en los nísperos de atrás del patio ...

*...la patita, con canasta y con rebozo de bolita,
va al mercado, a comprar todas las cosas del mandado,
se va meneando al caminar, como los barcos en alta mar...*

... elevo la voz, muevo las manos, dirijo el coro; mis nietas, sus primos, las invitadas, cantan juntos, algunas niñas fingen mecer a un bebé, oscilan siguiendo la melodía como si todos quisieran lo mismo, hasta que Ponchito señala que él quiere jugar a la invasión de las galaxias y los demás con negativas y risotadas opacan su demanda diciendo que ellos prefieren a los reyes y las princesas, Ponchito refunfuña pero al ver el número de los que están en con-

tra, acepta sin más pidiendo ser uno de los reyes.

Desde que mi abuelo y mi padre me enseñaran que haciendo bien las cuentas, dicho de otro modo, dejándolas muy claras, era como se obtenían los mejores resultados, jamás he tratado de ir en contra de esa regla, entre las otras muchas que me inculcaron; a ciencia cierta no sé si lo he cumplido a cabalidad, pero por lo menos lo he intentado, ejemplos tengo muchos, pero en relación con mis nietas, desde muy pequeñas les he dicho que yo jamás les iba a decir mentiras, y si a veces, para no molestarlas, algo disimulo, no tomo el sendero del engaño sino el de la verdad como una cuenta clara, así que cuando la mayoría de los niños se opuso a que Regina siguiera fungiendo como reina, que Luciana continuara en su papel de hija de la soberana y que Renata, disfrazada de príncipe, fuera el heredero al trono, las llamé aparte y les hice ver que era inútil conseguir siempre la aceptación de los demás, y por lo tanto era necesario cambiar los papeles para que todos disfrutaran el juego.

—Un ratito cada quien —les dije que así decía mi padre—, un ratito y ustedes ya llevan más de un ratito, ¿a poco no?, además, los otros niños también juegan.

En eso, una tanda de platones hizo su entrada, mis hijas habían preparado sopes, tacos de pollo y

quesadillas, *chechadillas*, como mi nieta Renata les dijo por mucho tiempo. Los antojitos se repartieron entre los invitados con los comentarios de mis tres niñas, que manifestaban su gusto por esa comida.

—Los taquitos son muy buenos —dice Luciana y la veo comer con deleite, igual lo hace Regina, por su parte Renata muestra su dosis remilgosa. Yo les digo a los invitados que los antojitos son parte de nosotros mismos, aunque por ahí le vea los ojos a una tercia de chicos que quizá hubieran preferido un hot dog, y como si Regina hubiera adivinado el pensamiento, dice en voz alta:

—Uh, están riquísimos —refiriéndose a los tacos de pollo, para enseguida continuar—, con un poco de guacamole, uh, uh, dicen Luciana y Renata, ésta, sin dar un gran bocado, sostiene el taco en la mano derecha como si fuera parte de ella. Habilidadosa la Renatilla, finge apetito y los grandes aceptamos su juego, pero así es cualquier persona en los distintos escenarios donde uno se asome, y es parte de la condición del ser. Ay abuelo, qué chistoso hablas, de haberlo expresado en voz alta así hubieran dicho las muchachas, pero no lo dicen porque no lo oyeron, mejor se mezclan con los niños y niñas que tratan de obtener más comida dejando atrás a los pequeños, Luciana para la boca y reclama orden,

Renata la segunda, Regina, subida en una silla dice que deben formarse y repartir la comida para que a nadie le falte.

—Lo que es parejo no es chipotudo —digo, y nadie, ni mis nietas, reclama mis palabras.

En ese momento, desde el fondo del jardín, se oyó la gritería. Todos, incluyéndome, miramos. Un grupo de seis o siete “monstruos” vestidos con trajes coloreados, con el rostro pintado de negro, con alas de plástico y botas enormes, se lanzaban contra los invitados fingiendo un ataque marciano, o venusino, o desde el fondo de la tierra, ¿de dónde diablos vendrían esos terribles seres que daban tonos eléctricos a la fiesta de mis nietas?

Imité el griterío colectivo que se dio al compás del ataque. Pensé que mis hijas, organizadoras de la reunión, habían diseñado también este numerito para animar más al festejo, pero, ¿quiénes eran los que se escondían bajo el disfraz de bandoleros cibernéticos?, ¿actores amigos de mis hijas, niños de escuela? Es lo de menos —pensé—, el chiste es que la diversión sea para todos —dije, me dije, mientras algunos de los invitados de mis nietas se trataban de proteger con mi cuerpo; bonito refugio, yo no soy muy alto, de piernas delgadas, ah, pero los chiquillos siempre ven a los mayores como árboles capaces

de cuidar a quien sea, y yo era el único “grande”, salvo mis dos hijas, que en este momento, como si fueran otras atacadas, no estaban en el lugar de los hechos. Ay abuelo, qué chistoso hablas, hubieran dicho mis tres chiquillas, pero eso se quedó de lado porque los atacantes hicieron un círculo con los invitados, y así como desperdigaron el caos con sus gritos y brincos, los bandoleros asaltaron las charolas de los antojitos y sin más, haciendo a un lado las máscaras, se dieron a comer a dos carrillos y fue en ese instante cuando mis tres nietas, como si fueran una, reclamaron a los bandoleros:

—Es injusto —dice Regina.

—La repartición... —señala Renata.

—... debe ser pareja —termina Luciana.

—Hablan como si fueran los sobrinos del pato Donald —dicen mis hijas, que aparecen carcajeándose y con las escobas amenazaron a los bandoleros hasta hacerlos desaparecer del jardín, correteados por los gritos y las burlas de los chicos y chicas de la fiesta.

—A ver —dijo una de mis hijas—, ¿qué lección se aprendió de esto que acaba de pasar? —y continuó:— No vale que conteste el abuelo —y ella me miró con sus ojos grandes, llenos de risa.

Mi hija menor organizó a los niños y niñas para que pensarán en la respuesta.

—Los bandidos no deben comer —dijo alguien.

—Los tacos no eran suyos —Renata lo menciona como si le hablara a una persona ausente. Así es ella, le gusta meter la discusión pero actúa como si eso no le importara.

—A fuerza no se gana —dijo Luciana.

—Las trampas no deben vivir en ninguna parte —Regina alzó la voz y el cuerpo.

También hablaron algunos otros invitados, hasta que mis hijas, a dúo, en cuclillas para estar más cerca del rostro de los invitados, comentaron que el robo no es bueno ni para comer, y que la ilegalidad jamás debe usarse sin importar la causa.

Mis nietas me miraron, y yo, con señas y gestos les dije que esas no eran palabras mías, pero tampoco las negaba, mientras Regina, hábil cantante, Luciana, linda bailadora, y Renata, maravillosa voz de trueno, cantaban aquello de:

*Al sonar, las tres de la mañana,
los muñecos comienzan a salir ...*

... y aplaudían como si el suceso de los rateros alados fuera parte de la historia, y lo es y lo sé y espero que no se olvide, aunque las fiestas no son para enseñar sino para reír y brincar y comer tacos y corre-

tearse y subirse a los juegos y mirar el cielo y yo saber que el tiempo se va junto conmigo oyendo las carcajadas de mis tres chiquillas, libres, sin tapujos, sabiendo que las reglas ganan a los tragones malandrines.

Mis dos hijas ahora organizan el siguiente juego.

Algunas voces se manifiestan a favor de ver una representación con unos personajes horribles que según me informa Regina, son los de una película de caricaturas.

—Para eso son los disfraces, ay, abuelo.

Otros prefieren jugar a las escondidas, unos más a seguir comiendo, no falta quien diga que ya quiere irse, alguien que llora por su mamá ausente, y en eso alguien sopla los cornetines y lanza serpentinas y reparte luces brillantes mientras mis hijas organizan otra diversión y para ello suben el tono de voz y preguntan:

—Los que estén por las escondidas, que levanten la mano —y cuentan los bracitos extendidos hacia el cielo—, no bajen las manos; ahora, los que estén por brincar en el tomly levanten la mano, no, Ponchito, tú ya la habías levantado —y se dan a contar—; ganaron los del tomly y allá van todos a jugar bajo la mirada de mis dos hijas que fungen de árbitros, de asistentes, de vigilantes, de animadoras.

Veo los cuerpos ágiles bailar en el aire, los varones hacen piruetas, sobre todo Ponchito que parece haber heredado las habilidades de su padre; Regina y Renata juegan con prudente ánimo, Luciana no, ella como que busca ser más atrevida; Jorgito reta a su prima María, ésta hace ojitos melosos y no se atreve; Jorgito, solitario, se desafía a sí mismo; Claudia, delgadita, atildada, de rostro hermoso, cuida su vestido; su hermana Marisa, más pequeña, de lindas facciones y ojos color miel, planta cara a los varones, inclusive a su primo Ponchito, que tiene fama de precipitado.

Los veo desde mi mecedora, por ahí pasan mis recuerdos y mi futuro, me encanta la frescura de los chicos, me alegra su permanente sorpresa, me enra-bia saber que por lógica temporal no podré ser tes-tigo de su vida adulta, por eso extremo mi amor por mis nietas aunque ellas al parecer apenas lo valúen, quién sabe si así sea, por eso resalto al parecer; por más vivido que sea nuestro tiempo, los adultos poco sabemos de cómo piensan y reaccionan los niños, ellos son intuitivos por el simple hecho de su edad, y uno es soberbio porque supone la adultez como sinónimo de sabiduría, así debería ser y no es cierto, no es así, pero, ¿por qué ahora pienso en esto?, un verdadero niño, sabio al fin, se daría tiempo sólo

para volar sobre el tomly y no tratar de ponerle una máscara de solemnidad a la sonrisa, como yo lo hago aunque me ría de pensar en lo que me dirían mis tres nietas de oír mis reflexiones, de seguro iban a decir: ay abuelo, envuelta la frase en un tonito de aburrición divertida ...

—Ay abuelo —como eco escucho las palabras en trilogía de tiempos diferentes, son ellas, algo señalan con sus ademanes y así es, salgo del pensamiento, doy unos pasos, escucho los quejidos, ya estoy cerca del aparato del tomly, veo a un niño tirado boca abajo, de ahí parte la alarma. ¿Será otro de los numeritos armados por mis hijas para darle sabor al festejo?, ¿alguna trampa de mis nietas para burlarse de mí y de los invitados? El chico no se mueve y siento que eso no es parte de un juego, me alarmo, todo niño es un futuro y éstos son objeto de intenso cuidado; sin violencia pero con firmeza aparto a los niños y niñas y atiendo al caído, es Jorgito, el hijo de Brenda, ¿qué tendrá?, seguro se cayó de ese diabólico jueguito del tomly, en mis tiempos uno le daba a las canicas o al balero pero no a estos modernismos sin ingenio, los nervios me tienen tenso, con la vista busco a mis hijas que saben más de niños que yo, o a Conchis, pero ninguna está por lo menos de momento, ¿desde qué altura se habrá

caído este chico? Para entonces se siente el silencio, las caritas asustadas se asoman a ver al caído, tengo que responsabilizarme del asunto, reviso al niño, lo hago con cuidado y poco a poco la intuición que proviene de la edad me hace ver algunos detalles, ah, muchacho de porra, la respiración del chiquillo es pausada, sus párpados cerrados presentan los clásicos signos de quien está forzando un desmayo, me doy cuenta, acerco mi rostro a la oreja del chico y busco las palabras adecuadas, decirle, por ejemplo: “Sigue fingiendo, yo te voy a seguir el juego”, “ay abuelo, qué chistoso hablas” –sin sonido salen las palabras, y por supuesto que entonces mejor digo:

—Tú síguele, yo te hago la segunda –¿así me entenderá?

Jorgito, hábil, tuerce una leve sonrisa mientras los demás niños guardan silencio y rodean al seudo accidentado; mis hijas al parecer se han dado cuenta de la farsa, pero hábiles la aprovechan, insisten en decir que cuando alguien tiene un problema los demás deben ser solidarios y buscar las formas para ayudarlo.

Mis hijas distribuyen las labores que los chicos realizan con entusiasmo luminoso, que unos vayan por agua, otros por unas vendas, unos más por curitas y yodo, éstos que dejen espacios para que el

herido pueda respirar, pero eso sí, todos cerca por si algo se necesita, yo mantengo a Jorgito semiabrazado, dejo que se sienta protagonista de una película, de vez en cuando, en voz alta, afirmo:

—Este niño es muy valiente, debe servir de ejemplo –mis hijas lo corroboran; a su vez, Regina y Luciana ponen ojitos tristes, Renata se mira asustada pero no deja de dibujar algo en un papel, quizá esté consignando el hecho; la tía Brenda le da a oler a su hijo Jorgito algo de alcohol, se lo unta en los brazos y con eso “herido” y asistencia dan por zanjado el asunto, el chico se levanta, camina renqueando, va rodeado de los demás que lo miran como personaje antes que, pronto, regresen a los brincos del tomly.

Yo vuelvo a mi lugar, estoy contento, el aire de la ciudad está limpio y las nubes, aborregadas y blancas, le dan pinceladas al cielo, miro el movimiento de las ramas en los árboles del jardín, agradezco sus recuerdos y sus presentes: ¿a cuántos asuntos he logrado asistir en estas pocas horas? Los niños me han enseñado, desde el diálogo hasta la tolerancia; este grupo de fiesteros me dio cátedra, ellos me enseñaron mientras creí guiar sus pasos cuando en realidad fue diferente, escuché y escucho su vitalidad, lo que me permite revisar mi historia en ese

mismo jardín de mis historias y veo a mis tres nietas cómo juegan con la felicidad de su vida y me río de sus reclamos que me alegran tanto:

—Ay abuelo, qué chistoso hablas —y yo, tengo que aceptarlo.

La epidemia, ¡Ya déjenlo!, Zaima y Ay abuelo, qué chistoso hablas terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, delegación Cuauhtémoc, 06280 México, D.F., en octubre de 2005. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibareguren, técnica especializada "A". El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel cultural de 75 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Bodoni y Goudy.

